



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

REVENDAS
MORISCAS

GUILLEN
ROBLES

A-4
1
18
B.P.A.G.

MADRID 1905

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est. A-4

Tabl. 1

N.º 18



JUNTA DE ANDALUCÍA

BC Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS



NOVELISTAS

JUNTA DE ANDALUCÍA



EX-LIBRIS.

Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

LEYENDAS MORISCAS



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

TIRADAS ESPECIALES

100	ejemplares en papel de hilo, del	1 al 100.
25	• en papel China, del	1 al XXV.
25	• en papel Japón, del	XXVI al L.

CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA



LEYENDAS MORISCAS

SACADAS DE VARIOS MANUSCRITOS

EXISTENTES

EN LAS BIBLIOTECAS NACIONAL, REAL
Y DE D. P. DE GAYANGOS

POR

F. GUILLÉN ROBLES

TOMO III



MADRID

IMPRESA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

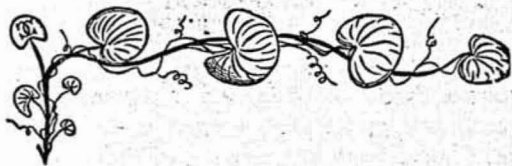
Impresor de Cámara de S. M.

Don Evaristo, 3

1886

Donativo de Sr. Córde de
Romános á la Biblioteca
de la Albárcora. 1902





AL LECTOR.

COMPILADAS en el anterior volumen las leyendas referentes al fundador del Islamismo, he reunido en este III y último las que tomé de los códices moriscos, que tratan de sus sucesores, completándolas con otras, bien interesantes, respecto á puntos capitales de las creencias mahometanas.

Algunas he hallado que se ocupan de Osmán, fiel compañero y cuarto sucesor del Profeta, ó del primer califa Abu Becr, una de las piedras angulares de la iglesia musulímica, á quien nombraron Azzidik, el *Averdadededor*, el *mantenedor de la verdad*, según las leyendas, de cuanto refirió Mahoma respecto á su ascensión á los cielos (1); pero son estas tradiciones tan diminutas en extensión, importancia é interés, que no merecen consignarse en esta colección.

Tres leyendas publico, relativas al segundo

(1) Véase la última leyenda del tomo II.

califa Omar ben Aljatab, una de las más interesantes figuras del Islamismo, justamente reverenciado por la piedad ortodoxa musulmana, á causa de sus excelentes condiciones como hombre y como soberano.

Trata la primera de estas leyendas de la conversión de Omar á la doctrina mahometana, añadiendo varios curiosos pormenores al relato legendario generalmente conocido.

Cuenta la tradición que, durante el quinto año de la predicación profética, cuando empezaba á condensarse en torno de Mahoma la tempestad de odios, que al estallar había de poner en riesgo su vida, lanzándole al ostracismo y á la guerra contra Meca, su patria, el Profeta pudo sacar de la incredulidad y de entre sus contrarios más encarnizados á Omar ben Aljatab.

Hijo éste de un árabe y de una negra; mezcladas en sus venas sangre de dos razas violentas y apasionadas; duro de condición, y habiendo extremado su rudeza en la soledad y el aislamiento del pastoreo de camellos, que en su niñez apacentó, las burlas con que sus mejores amigos perseguían á Mahoma; las amargas querellas de los próceres mekanyes, que veían vilipendiada la antigua religión, predicadas, como verdades celestiales, innovaciones peligrosas, divididas las familias, y ame-

nazada la paz de la república, impulsáronle, con toda la briosa resolución de su carácter, á dar de mano á tal estado de cosas, quitando la vida al perturbador.

Cierto día hallóle en la calle un árabe de la tribu de Zohair, quien, al verle con la espada en la mano, preguntóle dónde iba; al contestarle Omar que á matar á Mahoma, amenazóle el Zohairí con las represalias de los Haxemíes, parientes del Profeta y familia de mucha cuenta en Meca; al oírle Omar le increpó duramente, manifestándole la sospecha de que se hubiera tornado musulmán.

—Nada tendría eso de extraño, respondióle su contrincante; pero ocurre todavía algo más raro: en vez de preocuparte de mi creencia, mejor sería que te informaras de la de tus allegados.

Entonces supo Omar que su cuñado Said y su hermana Fátima se habían hecho musulmanes. Furioso corre al punto á casa de su hermana, y entra precisamente cuando ésta, con su marido y otro muslim, leían una Sura del Alcorán.

Sentir sus pasos y esconderse el mahometano fué todo uno; mas cuando el recién llegado quiso enterarse de lo que allí ocurría, y obtuvo la certeza de que el Zohairí le había dicho verdad, lanzóse contra su cuñado con ánimo

de golpearle; interpúsose su hermana y, en el arrebatado de su cólera, dióla Omar un golpe, que le bañó en sangre el rostro.

La voz de aquella sangre, que era la propia, pudo más en el ánimo del obcecado idólatra que su fanatismo: arrepentido de su brutal acción, pidió con tanta instancia que le dieran lo que leían, se sometió de tan buen grado á las abluciones que le impusieron para dársele, que al cabo sus hermanos le entregaron el escrito, en el que se consignaba la revelación divina.

Omar comenzó á leerle, y según la tradición, la influencia de la gracia divina, la portentosa elocuencia de las palabras que iban apareciendo ante sus asombrados ojos, la grandeza de aquellas nuevas ideas, que derramaban inesperada luz en su entendimiento, produjeron tal cambio en su ánimo, que se confesó admirado y vencido.

En aquel favorable momento apareció el musulmán que estaba escondido, y les contó que el día antes Mahoma había rogado á Allah la conversión del hermano de Fátima, y que Dios había accedido á su plegaria.

Después de esto, Omar se dirigió á casa del Profeta; al verle llegar armado, siendo tan públicas sus intenciones de dar muerte á Mahoma, el que salió á abrirle avisó, con algo de turbación y miedo, á los que estaban presentes.

—Que entre, dijo Hamza, tío del Profeta: si viene á buenas, le trataremos bien; si á malas, con su misma espada morirá.

Mahoma ordenó entonces abrir la puerta, y yéndose al que entraba, asíóle por la ropa diciéndole:

—Tu destino no es perseverar en la iniquidad hasta que la desventura te hiera.

—Apóstol de Dios, contestó Omar, he venido á confesar en tu presencia, que no hay más Dios que Allah, y que Mahoma es el Profeta de Allah.

He aquí el fondo de la primer leyenda que aparece en este volumen, debida á la inventiva soñadora del Oriente.

Quien la forjó diseñó admirablemente el carácter de Omar: fogoso, vehemente, apasionado de toda gran idea y generoso sentimiento. Mahoma supo, durante toda su vida, aprovechar admirablemente estas inclinaciones, las cuales tuvieron decisiva influencia en la fortuna del Islamismo naciente.

«Sin Omar y sin Abu Becr nunca hubiera triunfado el Mahometismo,» ha dicho, con mucha razón, Dozy⁽¹⁾. En efecto, Omar representó en aquella religión incipiente, que había de propagar la espada con la rapidez de un

(1) Dozy: *Essai sur l'hist. de l'Islam.*, pág. 38.

encendido rastro de pólvora, la voluntad varonil, la energía de la acción, esa fuerza coercitiva y permanente, sin la que cualquier gran empeño es imposible.

Pero la energía de Omar no era la de la fuerza ciega, que allana los obstáculos aniquilando cuanto halla al paso: guiábala una inteligencia viva, una rectitud innata, una idea elevadísima de la justicia, ante las cuales cedían esos poderosos sentimientos que más profundamente hacen en el corazón humano: la ambición y el lucro personal, la confraternidad de bandería ó de religión, hasta el amor de la propia familia.

Cierto día se le presenta un musulmán codicioso, que, litigando de mala fe con un judío, le mortifica y pretende arruinarle: Mahoma ha sentenciado el litigio en contra suya, y el astuto muslim, esperando hallar mejor acogida en su correligionario Omar, apela ante éste de la decisión del Profeta.

El querellante expone al futuro califa, en el dintel de su puerta, sus pretensiones, y en seguida el hebreo sus derechos; Omar, después de oírles, entra precipitadamente en su casa, toma su espada, y olvidando toda confraternidad religiosa y que se decide en pro del descendiente de una raza aborrecida y vilipendiada, rebasando violentamente los severos límites

de la justicia, sale y derriba la cabeza del agareno, que no había querido humillarse ante la justa decisión del Enviado de Dios.

Desde entonces le apellidaron Alfarruk, el *Separador*, tanto como si dijéramos el *Justiciero*; y de cierto que hizo bueno este apellido durante su vida, y sobre todo, mientras reinó.

A esta verdadera pasión por la justicia, juntó Omar muchas de las cualidades más recomendables de la ética musulmana, pues fué siempre desinteresado, limosnero, modestísimo en medio de las mayores grandezas, moderado en el triunfo, amantísimo de la verdad, príncipe digno de aquellas heroicas huestes, que llevaban el Islamismo á las más apartadas regiones; digno soberano, en conclusión, de la edad heroica del Mahometismo.

—No necesito el califato, decía á Abu Becr cuando éste le ofrecía su sucesión.

—Lo creo; pero él te necesita, respondíale imperiosamente el moribundo califa.

—Tomo á Dios por testigo, exclamaba, ya entronizado en la realeza, que nadie será bastante fuerte para hacerme olvidar los derechos del débil, ni bastante débil para que dé al olvido los del fuerte.

En medio de las riquezas, botín de sus maravillosas conquistas, que sus guerreros arrojaban á sus plantas, dormía entre mendigos en

la mezquita de Medina; comía pan de cebada; bebía el agua que él mismo iba á buscar, con su herrada al hombro, á la fuente; vestía un traje maltrecho y remendado; las gradas del mimbar ó púlpito eran su trono, y allí, rodeado de una corte de braceros, de pobres y desarrapados, recibía, como un reproche viviente, las fastuosas embajadas de los poderosos de la tierra.

El reinado de Omar constituye la más granada parte de la edad heroica del Islamismo; en los diez años y medio de su gobierno, conquistaron los sarracenos la Siria, la Caldea, la Mesopotamia, la Persia y el Egipto; sus mesnadas tocaban en los aledaños de la India en Asia, y llegaban á Trípoli en Africa; habían ganado tres mil seiscientas poblaciones y fortalezas; dado batallas como la de Kadesia, en la que pereció la dinastía persa de los Sasanies, y como la de Yermuk, que arrancó uno de sus más preciados joyeles á la corona bizantina, habiendo derruido cuatro mil templos de infieles, y fabricado para el culto de Allah mil cuatrocientas mezquitas; viejas y renombradas ciudades, Damasco, Jerusalén, Medain, Memfis, Alejandría, se rindieron á sus armas; Fostat, Cufa, Bassora, surgían como centros de la nueva creencia, cual caraván-serrallos del comercio arábigo, ó como valladares, ante los

cuales debía estrellarse la resistencia de los vencidos en sus postrimerías.

Y esto lo hacían bandas de gente allegadiza, cuasi bárbaras, cuasi sin más armas que las que arrancaban á sus enemigos, sin más táctica que la que iban aprendiendo en sus victorias.

Nada tiene de extraño que aquella triunfal epopeya exaltara la fogosa imaginación de los orientales; que ésta diera á tantos vencimientos el prestigio de verdaderos milagros; que transformara á los campeones del *chihad*, ó la *guerra santa*, en paladines por el estilo de Rolán y los Doce Pares, de Orlando ó de Tirante el Blanco, y á su vida y milagros en verdaderos libros de caballería. Pues ellos creían en agüeros y encantamientos; ellos lidiaban y vencían á los más forzudos campeones, armados de punta en blanco, maestros en la gineta y en la esgrima, arrogantes y fieros, y ellos se llevaban por delante centenares, y aun miles, de la soldadesca enemiga; los esfuerzos de los hombres ó las fuerzas de la naturaleza cedían ante sus armas, y á los gritos de *no hay más Dios que Allah*, ó de *no hay fuerza ni poder sino en Dios*, las huestes más aguerridas se desvanecían, como nubes de polvo que el vendaval disipa, seculares imperios pasaban á la historia, rendíanse ciudades inexpugnables, el tiem-

po y las distancias parecían abreviarse, y caían en sus manos los tesoros que contenían las maravillas y riquezas de la civilización antigua.

La batalla de Yermuk, uno de los trances de guerra más famosos en los tiempos medios, por sus pormenores y por la transcendencia de sus resultados, es el asunto de la leyenda que sigue á la que narra la conversión de Omar.

La Siria, con sus magníficos monumentos, populosas ciudades y deliciosas campiñas, iba rápidamente entregándose á los alarbes.

La indisciplina y depredaciones de la soldadesca imperial, los abusos de la administración y la sensual molicie de los pueblos, á los que dividían raheces envidias y aviesos odios, facilitaban los heroicos esfuerzos de los conquistadores, unidos en una acción común, sumisos á sus capitanes, ufanos con las recientes victorias, fanáticos muchos, ansiosos todos de gloria y botín.

Heraclio, emperador entonces, tentó un supremo esfuerzo, y reunió en Siria ochenta mil imperiales y sesenta mil árabes tributarios.

—El diamante, decía el emperador refiriéndose á esta gente, es el mejor instrumento para tallar el diamante.

Durante el mes de Abril del 634, los musulmanes se encontraron con los cristianos en las

cercanías de Bosra, donde las fuentes de la sierra de Hermón bajan torrencialmente á la llanura de Decápolis, á orillas del río Yermuk (Hieromax), que se pierde algo más allá en el lago de Tiberiades.

Tomaron posiciones los de Bizancio, apoyando sus flancos para defenderlos, de una parte en las márgenes del río, bien ásperas y fragosas por aquel lugar; de otra en un precipicio muy profundo, llamado de Uacusa, y en un foso que cerraba el terreno más accesible.

Los musulmanes se presentaron ante los cristianos, aunque algo atemorizados por su muchedumbre, dispuestos á jugar el todo por el todo; dejaron en un principio en medio de ellos el río, mas pasóle después, para cerrar á sus contrarios la retirada.

Esperaban los imperiales á su jefe, á quien llamaron Mehén el Armenio los agarenos, y éstos aguardaban refuerzos que precipitadamente pidieron á Medina.

Abu Becr, entonces califa, ordenó que los socorriera Jalid ben Ualid, uno de los compañeros de Mahoma, valerosísimo en la pelea, hábil en el consejo, cruel en la victoria, poco escrupuloso con la fe jurada, rodeado de la aureola prestigiosa de su constante fortuna, á quien sus huestes creían invulnerable por vestir una túnica de Mahoma, ó por llevar cabe-

llos de éste en los pliegues de su turbante, y á quien sus atrevimientos y hazañas valieron el apellido de *Seif Alláh, la Espada de Dios*.

Jalid secundó admirablemente las miras del califa, haciendo prodigiosas marchas á través de yermos y desiertos, derrotando algunos cuerpos árabes cristianos, y rindiendo al paso á Bosra; finalmente, cuando se presentó en Yermuk, se encontró con que Mehén se incorporaba al ejército bizantino.

Formaban la vanguardia de éste los árabes auxiliares del imperio, mandados por Chauala, príncipe de Gasán, famosísimo por su valor y por su romancesca vida. Estos árabes se mostraron en un principio más fieles al Emperador de lo que podía esperarse de su tornadiza condición, quizá mejor por envidia y odio á sus hermanos de raza, que por amor á Bizancio; pues Jalid, que sabía negociar tanto como pelear, pensó atraérselos con dádivas y halagos, sin poder llegar á reducirlos. Entonces, vista su pertinacia, los acometió bravamente, y consiguió derrotarlos con graves pérdidas.

Difícil es fijar la verdad de los sucesos desde que se afrontaron ambas huestes, hasta que la victoria se decidió por los musulmanes: tentativas de avenencia, combates parciales, sangrientas escaramuzas se ofrecen á cada paso,

mezclada á vueltas la leyenda con la historia, tanto que es arduo empeño separarlas.

Mientras pasaba el tiempo en alardes de valor, hazañas personales y escaramuzas, las miserias bizantinas hervían en el campo. Algunos oficiales, perdido el seso con el vino, violaron á la mujer de cierto prócer de gran valimiento en el país; acudió un hijo de ella al remedio de su madre, y ellos, como locos, le degollaron. Cuando la infeliz mujer se presentó á Mehén, llevando como sangriento testimonio de su desventura la cabeza del hijo, no consiguió ni aun lástima. Entonces el padre, de acuerdo con Jalid, disimulando el agravio, hizo caer en una celada á la flor del ejército imperial, que pereció ahogada en las aguas del Yermuk.

Por otra parte, el patricio Jorge, mientras la batalla campal se decidía, preparaba en el misterio con Jalid su conversión al Islamismo y la traición que había de producir la ruina de los suyos: que la traición fué también poderoso auxiliar de los agarenos, en Yermuk la de Jorge, en Damasco la de Romano, la de Eufemio en Sicilia, y en España la de Julián, Oppas y los hijos de Witiza.

Cerca de cinco meses duró aquella campaña, que terminó el 30 de Agosto con la derrota de los cristianos; pues tras varios días de batallar á la luz del sol, y aun entre las sombras de la

noche; á pesar de las exhortaciones elocuentes de la clerecía; á pesar del valor individual que desplegaron los más pundonorosos capitanes; á pesar de que en varias ocasiones los sarracenos gustaron las ansias de la derrota, rehechos sus ánimos por sus mujeres, que á retaguardia los recibían y afrentaban, haciéndoles tornar á palos y á pedradas á la pelea; exaltados por el ejemplo de sus capitanes, que se ofrecían bravamente á la muerte, consiguieron que el valor equilibrara el número y que la victoria quedara por Mahoma.

En medio de la acción, la caballería árabe auxiliar, traidora ó cobarde, huyó á la desbandada por entre las filas musulmanas, que se abrieron para facilitarle la fuga; la infantería, encerrada entre el río y el precipicio, acometida por el ímpetu irresistible de los agarenos, desmoralizada, loca de terror, abandonadas sus cruces y lábaros, pereció la mayor parte entre las fragosidades del Uacusa ó entre las ondas del Yermuk.

Cuarenta mil cristianos, según los bizantinos, ciento veinte mil, según los árabes, perecieron en aquella desventurada campaña; uno de los generales, Alficar, digno del nombre romano, antes que huir, esperó, como César, envuelta la cabeza en su manto, los golpes de sus asesinos; Mehén, prisionero, pereció en

Damasco, cuando, al decir de los agarenos, se disponía á convertirse.

Al principiar la batalla, un correo del califa atravesó las divisiones agarenas; cuando los soldados le pedían noticias, contestaba imperturbable:

—Todo va bien.

Pero al presentarse á Jalid, le manifestó en secreto que Abu Becr había muerto, que Omar era su sucesor, y le entregó una carta sellada.

Jalid comprendió al momento que aquella carta contenía su relevo del mando, pues sabía de antemano que el carácter recto de Omar no se avenía con el suyo; mas para evitar que su destitución en aquellos críticos instantes pudiera perturbar los ánimos, sin abrir la misiva púsola en su carcax, y continuó mandando la batalla.

Cuando cesó ésta, leyéronse en el consejo las órdenes del califa, separando del mando al vencedor de Yermuk y dándolo á Abu Obaida, otro de los compañeros del Profeta: la disciplina y la confraternidad religiosa musulmana se mostró en aquella ocasión bien notablemente: Jalid resignó el mando, mas Abu Obaida, reconociendo sus excepcionales condiciones, aceptó la jefatura, aunque manteniendo la influencia en el ejército del general destituido, y dejándose llevar de su experiencia.

Chauala, que juega importante papel en nuestra leyenda, se convirtió al Islamismo en Medina, á presencia de Omar y de su corte.

Bien debió resaltar la pobreza y la sencillez de ésta en la recepción, harto benévola, que concedió Omar al príncipe gasaní, pues éste se presentó con extraordinario fausto: precedíanle magníficos corceles de mano y multitud de servidores, cubiertos de seda y brocados; él se presentó vestido con todo el lujo oriental, coronada la cabeza, y en las orejas unos zarcillos que, según decían los de su séquito, fueron de la Virgen María.

Tornóse, en efecto, muslim, y poco después acompañó al califa á la peregrinación de la Meca. Durante ella, mientras daba las vueltas de ritual en torno de la Caaba, un grosero beduino fezarí, por descuido, quizá por menosprecio, pisóle el manto, y de los hombros derribósele en tierra.

Ensañóse el soberbio Chauala, y sin parar mientes en lo que hacía, dió al fezarí tal bofetada que le bañó en sangre el rostro; acudió el maltratado beduino pidiendo reparación de su agravio á Omar, quien preguntó al agresor:

—¿Has sido tú quien le ha pegado?

—Sí; y á no ser por mi veneración á la Casa Santa, le abriera con mi sable la cabeza.

—¿Confiesas el hecho? dijo el califa; pues

entonces, fuerza es que compres al lesionado el desistimiento de su acción.

—¿Y si no quiero?

—Habrá que aplicarte la ley del talión: ese beduíno te abofeteará, como tú le abofeteaste.

—Soy un rey, y él un rústico.

—Rústico y rey son iguales ante la ley del Islam.

—Creí, dijo Chauala, que en éste sería más reverenciado que lo fuí en mi primera religión.

—Basta de plática, concluyó airadamente Omar: apacigua al querellante, ó sufre el talión.

—Pues entonces me tornaré á Cristo.

—En ese caso te mandaré degollar: tal es la pena que se impone al muslim tornadizo.

—Bien; déjame pensar lo que he de hacer hasta mañana.

Aquella noche el artero y testarudo monarca huía de Meca con su familia, escapando entre las sombras, y á uña de caballo, á las iras del burlado califa; poco después se volvió á Constantinopla, y con la facilidad de quien no tiene más fe que el propio medro, tornóse al Cristianismo.

Honrado por el Emperador, reverenciado por la corte, rodeado de fausto y grandeza, entre las delicias de su vida tranquila, el es-

píritu árabe se revelaba contra tanta molicie, y se entristecía con la nostalgia de la patria lejana.

Así lo manifestó á un embajador de Omar, que estuvo algún tiempo en Constantinopla: gozoso el muslim al oírle, instóle para que abandonara aquella miserable córte, centro de toda depravación, en la cual se perdían los más viriles caracteres, y se tornara á su tierra y á la religión de su raza, que era el Islamismo.

Consintió el proscrito, teniendo siempre en mientes su interés, á condición que Omar le casara con una de sus hijas, y le nombrara para sucederle.

Autor musulmán hay que demuestra cuánta valía personal y política tenía Chauala, diciendo que Omar aceptó sus condiciones; pero que, cuando el embajador volvió para cerrar el trato, el monarca gasaní había ya pasado de esta vida.

La leyenda de la batalla de Yermuk demuestra á cada paso las simpatías que los auxiliares y su príncipe, sin duda como árabes, merecían á los musulimes, aun cuando se mostraban decididos contradictores de sus creencias y de su Profeta.

Nuestra leyenda, al relatar esta batalla, concuerda mejor con la historia que todas las que he publicado; sin embargo, discrepa bastante

en los pormenores, con los que la fantasía del autor árabe adornó estos sucesos, como los escultores adornaron lo severo y anguloso del carácter de la letra *cúfica* con los primores y rasgos que constituyen el carácter, que hemos dado en llamar *karmático*.

Observará en ella el lector, puestas de relieve, muchas causas, ya anotadas, de la derrota bizantina; la tiranía y el pillaje de las tropas; los celos y traiciones de sus capitanes; la disciplina y el valor de los agarenos; la intervención de las mujeres en los momentos álgidos de la pelea, y la traición del ofendido magnate, que tanto daño causó á los imperiales: ofrece, en suma, un cuadro bien exacto de aquel famoso trance de guerra, animado por algunos toques, que parecen dados por un testigo presencial de los sucesos.

Refiérese la tercer leyenda, por bien sentida y animada manera, á la severidad de Omar, y á su imparcialidad en la aplicación de las leyes musulmanas.

Severo hasta la austeridad en sus costumbres, y convencido de que de esta austeridad en las de los súbditos dependía la propagación del Islamismo, el segundo califa se mostraba inexorable con las vejaciones de los poderosos, con los abusos de la autoridad y con los vicios de sus vasallos.

Muchas veces castigó por su mano, con el báculo en que se apoyaba, á los viciosos; y aquel báculo, que en ocasión memorable, rudamente manejado, puso en orden el harem del Profeta, insurreccionado contra éste, era más temido, según los cronistas sarracenos, que la espada de los más soberbios conquistadores.

Aquéllos á quienes no podía alcanzar tan sumaria ejecución, por hallarse en lejanas regiones, humillaban su frente ante los reproches del califa, y obedecían ciegamente su autoridad.

En cierta ocasión, mientras presenciaba algunos reparos en las murallas de Medina, se le presentó un judío, quejándose del gobernador de una provincia que, después de comprarle unas mercancías, se negaba á pagarlas.

En defecto de pluma y tintero, Omar cogió un ladrillo crudo, y con su dedo escribió en la arcilla:

—Pon término á las quejas que de ti me dan, ó deja tu gobierno.

Apenas el judío presentó aquella extraña misiva al prócer agareno, satisfizo éste lo que debía.

Quien de tal manera mantenía el orden, hasta en el harem del Profeta, debía mantenerlo con especial rudeza en su familia: cuen-

ta la historia que, con ánimo deliberado, excluyó á su hijo de la sucesión al trono; refiere la tradición, en la tercer leyenda de este volumen, que aplicó, con toda su crueldad, la pena de azotes á otro hijo, quien estando borracho violó á una judía, allanando su morada.

Esta leyenda, para quien sepa estimar el amor de padre, que, á lo que siento, es el amor de los amores, ciertamente ha de ser dramática y conmovedora.

El relato que presenta á Omar imponiendo á su hijo, en presencia de los compañeros de Mahoma, para que fuera más ejemplar, el cruel y despiadado castigo de su delito; manteniendo imperturbable, como juez su sentencia, que sublevaba su afligido corazón de padre; el hijo venerando al que le dió el sér, en los momentos en que se lo arrebatava cruelmente; la madre y los amigos del Profeta pidiendo en vano el perdón del malaventurado mozo, constituyen caracteres y escenas bien dramáticas y bellas.

Nada podía dar mejor idea de la cualidad predominante en el carácter del segundo califa, cual fué su amor á la justicia, que aquella terrible ejecución que ordenaba y presenciaba.

Tito Manlio Torcuato, en los albores de la historia romana, mandó ejecutar ante las aras

de la disciplina militar á su hijo, que se adelantó á lidiar y vencer contra su mandato; Guzmán, el de Tarifa, y Samuel ben Adia, en Arabia (1), entre la lealtad jurada á su soberano ó á un amigo y la vida de sus hijos, optaron por la primera; estos caracteres fieros y varoniles, nobles y grandes, que la historia conserva preciosamente en sus páginas, como ejemplo de honrada lealtad, apenas llegan á la altura con que el dé Omar se presenta en esta tercera leyenda.

Uno de sus habituales actos de entereza costó la vida al severo califa. Firaz, persa, descendiente de magos, y á quien la gente apodaba Abululua, *ó el de la perla*, presentóse ante él en demanda de justicia, porque Mogaira, su

CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) Samuel ben Adia era un judío dueño del castillo de Alablak, en Arabia. Uno de los más célebres poetas de la época anti-islámica, Imrulkais, perseguido encarnizadamente por sus adversarios, se refugió en aquella fortaleza con su familia y tesoros, bajo la protección de su dueño: después, para más seguridad, solicitó el amparo del monarca bizantino, á cuya corte pasó, dejando todo lo que le era más querido bajo la guarda de Samuel. El príncipe gasani Harits ben abi Chamir, enemigo de Imrulkais, sitia á Samuel y le intima que le entregue cuanto tenía, ó que, de lo contrario, le degollaría un hijo: anticipóse en Arabia el trágico sacrificio de Tarifa, y la lealtad de Samuel quedó en proverbio.

—Mujer, decía en unos versos el honrado judío; mujer, que me reprochas mi acción, tregua de reproches, nada pueden contra mí. Guardé fielmente las corazas del príncipe de Kinda: que otros violen su palabra; yo mantengo la mía.»

Caussin de Perceval, *Essai*, II, 237, 317 y siguientes.

amo, le reclamaba de su jornal dos dirhames ó monedas de plata.

—¿Qué oficio tienes?—preguntó Omar.

—Carpintero, albañil y herrero, contestó con ufanía el persa.

—Poco te pide, pues según los oficios que tienes, podía reclamarte tres.

Firaz, encendido en ira, se apartó del soberano, quien al poco tiempo le llamó, á fin de que diera traza para fabricar unos molinos, en los que debía molerse el trigo del granero público.

—Te he de construir tal molino, dijo al recibir sus órdenes el persa, que se ha de hablar de él, mientras que la rueda del cielo voltee sobre las cabezas de los hombres.

Poco tiempo después, una madrugada, al dirigirse Omar á la mezquita á hacer la oración de la aurora, Abululua cayó sobre él, y con la rapidez del relámpago le hundió un puñal en el vientre. Varios musulmanes, que quisieron amparar á su Príncipe, ó á lo menos vengarlo, cayeron heridos ante el desesperado hijo de los magos, que se quitó la vida en el acto.

—Si Dios hubiera de enviar al mundo otro profeta, decía Mahoma, de cierto mandaría á Omar.

La tradición pone también estas palabras en labios de Mahoma:

—El primero que beberá las aguas del Kauter (1), río del Paraíso, será Omar; el primero que predicó en el púlpito del Islamismo fué Omar; la fe serpentea, como una límpida corriente, á través de los jardines de Omar.

Los moriscos españoles veneraron mucho á este califa, y con frecuencia le citan con amor y respeto en sus libros.

Pero aunque los musulmanes ortodoxos participan de esta veneración, hay en el seno del Islamismo una poderosa secta, de la cual trataré en adelante, que execra su memoria, que le tacha de usurpador, que maldice su nombre, y en su desventurado fanatismo, olvidada de todo sentimiento generoso, solemniza el día de su asesinato.

Y es tanto lo que le menosprecian estos sectarios, que cuando quieren injuriar á un hombre ó tachar de innoble una acción, exclaman:

—Ese es un Omar. Eso es digno de Omar.

En las tradiciones que siguen á las estudiadas anteriormente, aparece como héroe principal Alí ben abi Talib, cuarto califa mahome-

(1) Según los musulmanes, tiene este río un mes de marcha de ancho; sus orillas son de oro; ruedan entre sus ondas perlas y rubíes; su aroma huele mejor que el almizcle; sus aguas son más blancas que la leche, más dulces que la miel, más frescas que la nieve.

tano, y uno de los personajes que más transcendental influencia tuvieron en la historia del Islamismo.

Si se hubiera de creer en el influjo de los hados en la vida humana; si hubiéramos de creer, con la fe ciega de un sarraceno, que cada hombre tiene marcado su destino en la vida, próspero ó adverso, sin que jamás pueda quebrantar la fatalidad de su estrella; si hubiéramos de tener al hombre como pieza de una máquina, montada desde la eternidad por una inteligencia suma é incontrastable, y que las prendas más cumplidas de carácter, actividad é inteligencia no bastan á borrar lo que escribió el destino en su libro, la semblanza de este cuarto califa podría emplearse como prueba la más cumplida y evidente.

Había nacido en el recinto de la Caaba y en el seno de la más ilustre familia de Meca; era primo hermano del Profeta é hijo del buen Haxemí, que recibió á éste, huérfano y desvalido, en sus brazos y en su hogar; Mahoma, á la muerte de su tío, acogió como hijo y educó á Alí, también desvalido y huérfano; al iluminar los primeros destellos de la luz profética la frente de su deudo, Alí fué uno de los primeros, algunos dicen el primero, que le reconoció por Apóstol de Dios; cuando en torno de Mahoma menudeaban burlas é injurias, ame-

nazas sombrías de ruina y muerte, Alí le defendió briosamente; cuando unos asesinos se disponían á herir al Enviado de Allah en su propio lecho, Alí vistióse su traje y se acostó en él, afrontando el golpe mortal, mientras su primo huía de Meca; con él desterróse á Medina, y allí casó con su hija Fátima, y allí fué compañero de su suegro en la confraternidad que éste fundó entre sus secuaces; derramó á la continua su sangre en las campañas mahometanas, haciendo prodigios de valor y sagacidad, y otras veces gobernó á Medina como vicario de Mahoma.

Éste, tratando de Alí, decía, según la tradición:

—Yo soy la ciudad de la ciencia: Alí es la puerta de esta ciudad. Alí es para mí y yo para él; es, respecto de mí, como Aarón respecto de Moisés: ¡oh Alí! tú eres mi hermano en esta vida y en la otra.

Refiere también la tradición que nunca mandaba el Profeta á Alí al combate, sin decir, recordando una aleya alcoránica:

—Señor, no me dejes solo, tú que eres el mejor de los herederos.

En la batalla de Ohod, donde fué derrotado Mahoma, habiendo Alí ahuyentado á un escuadrón enemigo, narra la tradición que el ángel Gabriel dijo al Profeta:

—Mahoma, he aquí un consuelo en tu desastre.

—¡Alí, contestó Mahoma, está conmigo!

—Y yo con ambos, replicó Gabriel.

Cuentan, en fin, las crónicas musulmanas que Aben Abbas, tío de Mahoma, que se había quedado ciego, pasó un día cerca de un grupo de gente, á la cual oyó maldecir la memoria de Alí.

—¿Quién de vosotros, les dijo, se atreve á maldecir á Dios?

—¡Maldecir á Dios! exclamaron; guárdenos de ello el cielo.

—¿Quién de vosotros osa insultar á su Apóstol?

—Presérvenos Allah de insultarle.

—¿Cuál de vosotros insulta á Alí?

—En cuanto á ese, cierto es que le injuriamos.

—Soy testigo, concluyó Aben Abbas, de haber oído decir al Profeta: «Quien blasfema de mí, de Dios blasfema; quien blasfema del nombre de Alí, blasfema del mío.»

Parecía, dados estos antecedentes, que Alí debía haber sido el inmediato sucesor de Mahoma; que los emigrados de la Meca y los auxiliares mediníes se deberían haber apresurado á alzar sobre el pavés á aquel ilustre hombre, que había perpetuado la estirpe de su Profeta.

Pero, contra lo que parecía natural, justo y hasta lógico, como si un genio maligno se opusiera á las legítimas aspiraciones del primo y yerno de Mahoma, no pudo durante largo tiempo realizarlas; y aun después de realizadas, más que en provecho, fueron en daño de Alí y del Islamismo.

Tres veces estuvo vacante el solio; tres veces hubo de ceder el paso á sus competidores, ciertamente merecedores del mando, pero ninguno tanto cual él; y cuando, por fin, subió sus peldaños, hallólos tintos en sangre del tercer Emir de los creyentes, asesinado entre las turbulencias de la soldadesca; la depravación de costumbres, la indisciplina, la traición, ambiciones ciegas y feroces odios se acumulaban en derredor de aquel poderío, que en los primeros arranques de su pujanza amenazó avasallar la tierra.

Muchas veces, al recorrer la triste historia del reinado de Alí, se me ha venido en mientes aquel *Z. Marcas* de Balzac, cuyas excepcionales condiciones parecían deber llevarle á los mayores encumbramientos, viviendo miserablemente en una buhardilla; luchando, como á brazo partido, con las más raheces exigencias de la miseria; elevando, con los destellos de su genio, medianías ruines, y pasando de incógnito por una sociedad que parecía lla-

mado á dirigir; siempre aspirando á levantar el vuelo, estrellándose siempre ante la fatal tenacidad de su adverso destino.

Alí reunía excelentes condiciones para soberrano: valor, ingenio, bondad, dulzura, modestia, excelentes prendas domésticas y altas virtudes civiles; todos reconocían en él el retrato que del caballero árabe hacía Sasaa ben Suhán:

«El caballero árabe es aquél á quien nada importa una larga existencia; que se preocupa tantó de la guerra como del día que pasó: tal es el caballero cuando se enciende la lid, cuando la angustia tortura los corazones, cuando los guerreros se provocan precipitándose al combate, y espada en mano se lanzan á las enemigas filas. Protege á los suyos con su espada, que se desliza rápida como el relámpago; en la refriega jamás hallarás en falta su mirada, ni en llanuras, ni en desfiladeros; no se inquieta de la demacración de su rostro, cuando repara las pérdidas sufridas por los suyos; cuando una vez le vieron los guerreros nunca le olvidan, y cuando se acerca á sus adversarios no dejan de cantar los cuervos.»

Dirar ben Damra, uno de sus amigos, describía á Alí de esta suerte, ante Moavia, su afortunado adversario:

«Era hombre que abrazaba un horizonte in-

menso y desplegabara rara energía; sus palabras eran sentencias, y sus sentencias cimentábanse en la justicia; la ciencia irradiaba en torno suyo, y la sabiduría se manifestaba hasta en sus actitudes; se inclinaba principalmente á los manjares más groseros y á los vestidos más humildes; á todas nuestras preguntas concedía respuesta, y á nuestros ruegos beneficios. A pesar de nuestra intimidad y de la familiaridad que nos manifestaba, no nos atrevíamos á dirigirle la palabra ni á llamarle: tan gran respeto nos inspiraba. Honraba á la piedad y consolaba al infortunio; vestía al desnudo y socorría al indefenso. Aborrecía el mundo y la vanidad de sus pompas, y amaba la noche y sus tinieblas. Paréceme todavía verle, cuando la noche extendía sus velos, hacia la hora en que los astros se pierden en el horizonte, prosternado en su oratorio, agitándose como un herido, derramando amargas lágrimas y diciendo:

«¡Oh mundo! Seduce á otro y no á mí. ¿Es
»á mí á quien puedes atacar? ¿Qué me impor-
»tan tus seducciones? Ea, huye lejos de aquí;
»tu hora no ha llegado; breve es tu vida, tus
»alegrías miserables, efímeros tus dolores.
»¡Ay! cuán insuficientes son las provisiones
»para un viaje tan largo (como el de la eter-
»nidad), á través de tan horribles soledades.»

La valentía de Alí era tan universalmente reconocida, que de ella decía Abu Becr:

—Cuando Alí nació, todas las espadas se envainaron.

Por otra parte, no era menos reconocido su talento: poeta bastante estimado, antes de comenzar una batalla ó de esgrimir sus armas en algún hazañoso empeño, improvisaba elegantes versos; aún se conserva una colección de sus poesías y sentencias, entre las cuales hay algunas tan bellas como éstas:

«El espectáculo de la opulencia ahuyenta la resignación del pobre.

»Si la fortuna sonrío á alguno, préstale cualidades que no tiene; si le abandona, le retira á la vez sus mejores cualidades.»

Pero todas estas excelentes prendas, exageradas quizás por el énfasis oriental y el entusiasmo de sus parciales, puestas más de relieve que lo que ellas merecían, no bastaban á constituir un buen soberano, sobre todo en los desdichados tiempos que alcanzó: aquellos tiempos no eran ya los de Omar, los tiempos de puritanismo, abnegación y entusiasmo; en ellos se necesitaba un Príncipe más hábil que impetuoso.

—Por dos cosas, decía Moauia, llevé la ventaja á Alí: él era franco, yo impenetrable; él mandaba insurrectos, yo tropas sumisas.

Convenía por entonces en el poder, no sólo un corazón de acero en las terribles horas de la refriega, sino una inteligencia dúctil y avezada en las arterias de la vida pública, y Alí se quebraba antes que doblarse; una voluntad resuelta en sus determinaciones, y Alí era indeciso; un ánimo que afrontara los infortunios políticos, y aquel ánimo de león, que se em bravecía entre el brillo de las espadas, lo avasallaban las adversidades de su parcialidad. De aquí que, con todas sus excepcionales condiciones, por su fatal destino ó por sus faltas, la opinión pública de su tiempo lo creyó incapaz para gobernar.

Su reinado, de cinco años, determinó la división, más aún, el fraccionamiento del Islamismo, comenzado en el de su antecesor por el choque de nuevas ideas, por la ambición y la depravación de costumbres.

Todos esos cinco años los pasó Alí en perpetua guerra con los mejores amigos del Profeta; con Aixa, la esposa querida de éste, en cuyo regazo había lanzado su último suspiro; con ilustres capitanes, que habían dado días de gloria y fortuna al mahometismo; con herejes que surgieron del seno de éste, como la protesta viviente de la razón humana contra la fe ciega del Alcorán.

Y caso no muy raro en la historia de las

naciones, y aun en la de las parcialidades políticas: en aquellas disensiones por el poder, durante las cuales se derramó á torrentes la sangre muslime, el triunfo en nombre del Islamismo lo obtuvieron los adversarios más decididos de su fundador y sus perseguidores más encarnizados, sobre sus buenos servidores, sobre su propia familia, arrebatando la parte más granada del imperio á Alí, y haciendo rodar más adelante, en la llanura de Kerbela, la cabeza de Alhosaín, nieto de Mahoma; aquella cabeza que de niño se había reclinado tantas veces en el seno de su abuelo.

En medio de aquellas sangrientas escenas, que habrían de repetirse con horrible monotonía durante la historia islámica; cuando á los entristecidos ojos de los buenos creyentes aparecían Alí en Cufa, Moauia en Siria, Amrú en Africa, como teas de la discordia que abrasaba al Islamismo, tres musulmes, empujados por el mismo celo que armó el brazo de Carlota Corday, decidieron concluir las desdichas de la república asesinando á aquellos hombres.

Escaparon á la muerte los que menos lo merecían; la infausta estrella de Alí persiguió-le hasta sus últimos momentos, pereciendo á manos de su asesino.

Los Umeyas, descendientes de aquel Abu

Sofián, que tanto persiguió á Mahoma, consiguieron suplantar á la estirpe de éste en el solio, y que en plazas y mezquitas, en las mismas ceremonias del culto instituído por el Profeta, se maldijera á Alí y á su familia.

Sesenta años después de la muerte de éste, su nombre era pública y oficialmente execrado, como el de un malhechor, tratándole de usurpador, tirano y enemigo de Dios, más aborrecible que un cristiano, más despreciable que un judío.

Estas maldiciones formaban parte del ceremonial religioso, y la dinastía Umeya, que más adelante ¡extrañas mudanzas de la fortuna! debía pagar bien cara la soberanía obtenida por las malas artes de su ladino fundador, consideraba aquellas injurias como homenajes á su poder.

Al cabo un califa de esta raza, Omar ben Abdelazís, celoso de la dignidad del Islam, puso término, de bien curioso modo, á estas repugnantes escenas. Cierta día, hallándose rodeado de todo el esplendor de su corte, se le presentó un judío, quien, previamente de acuerdo con él, le pidió la mano de una de sus hijas.

Fingió el sultán sorpresa é ira ante la impudencia del menospreciado israelita, y exclamó:

—La alianza de una musulmana con un infiel, será siempre el colmo del deshonor.

—Vuestro Profeta, replicóle el judío, dió su propia hija á un hombre, á quien en vuestras mezquitas proclamáis inferior á los infieles: ¿por qué no me has de dar tú la tuya?

Fingió el califa que la lógica del hebreo le sellaba los labios, y como la violencia de las pasiones políticas se había apagado, á propuesta de su misma corte, decretó que los anatemas contra Alí se suprimieran de los oficios divinos.

Para los musulmanes ortodoxos, Alí ben abi Talib es el cuarto y último de los soberanos legítimos; después de él, en el Islam, cuasi toda autoridad se ha cimentado en la tiranía y la usurpación: reconocen sus excelentes cualidades, cólmanle de elogios, deploran la injusticia de su adverso destino, y le han tomado por patrono ó raíz de poderosas cofradías, que aún mantienen el fuego sacro de la fe mahometana en millones de almas, ante la absorbente invasión de la civilización europea.

Todos sus escritores demuestran á cada momento la veneración que les inspira el esposo de Fátima.

«Que no se busque en este libro, decía Masudi refiriéndose á sus *Praderas de Oro*, la pintura fiel de las virtudes de Alí, ni la de sus

grandes cualidades, de sus sabios discursos, piedad y austeridad. Es éste un asunto tan vasto, que todos sus desenvolvimientos, todos sus pormenores serían insuficientes para expresarlo.»

Esta es la creencia general de los musulmanes de buen sentido, cuerdos y sensatos; no así de los apasionados y vehementes. Aquella exclusión constante del campeón del Islam, primo, yerno y, como si dijéramos, discípulo amado de Mahoma, sangre de su sangre y perpetuador de su casta; aquella insuperable oposición de gentes, que, so color de religión, movíanse por odios personales, bastardas ambiciones y aviesos intentos; aquel triste asesinato del guerrero, que en tantos campos de batalla expuso su vida, como en holocausto en las aras del Islamismo, excitaron y aun excitan nobilísimos sentimientos: millones de hombres reprocharon la injusticia, maldijeron á los ambiciosos, reverenciaron al mártir, y ahondaron el profundo abismo, que tiene dividido al Islam entre *sunnies* ó tradicionalistas y *chiitas* ó cismáticos.

Y como la fantasía oriental, viva y apasionada, transforma pronto la historia en leyenda, ciñéndole las guirnaldas de flores de la poesía, la figura del héroe, maltrecho por la suerte y por los sucesos, fué poco á poco per-

diendo su figura real entre los limbos de la tradición, para aparecer al fin iluminada por los destellos de lo sobrenatural.

Los chiitas le apellidaron *Asad Allah Algabilib* ó el León de Dios Victorioso; *Aluasi* ó el Heredero; *Almortada* ó el Agradable á Dios; *Alhaiday* ó el León; *Faiz alannuar* ó el Dispensador de las Luces.

Muchos dicen que es igual á Mahoma, y veneran sus nombres siempre unidos, sosteniendo que se abrazaron por mandato de Dios, y desde entonces formaron un cuerpo y un alma: otros le creen superior á Mahoma, y entre éstos hay quien dice que él era el destinado para Profeta, pero que Gabriel equivocó las órdenes de Allah y se dirigió á Mahoma: algunas hay que no creen en su muerte, y le suponen vivo perpetuamente, como el Rey Artus de las leyendas caballerescas, hasta que en determinado tiempo vuelva á reinar en la tierra; y no faltá quien sostiene que fué Allah encarnado y viviente en este mundo, y que aparece en los fulgores del relámpago y en los roncós acentos del trueno, lanzando sobre los infieles los rayos de su cólera.

—Si Alí no es Dios, no le anda lejos, dicen otros menos exagerados.

Y todos creen que el esposo de Fátima intercederá por sus fieles el día de la cuenta su-

prema, por cuya razón le denominan el *Recurso* por excelencia.

Considere el lector qué concepto tendrán de Alí los chiitas, si se fija en las siguientes frases, en las que predomina la exageración y el énfasis del Oriente:

«El poderío de los astros y el del destino, ¿qué son junto al tuyo? ¿Qué es la luz solar comparada con la de tu alma? El destino no hace más que ejecutar tus órdenes, y el sol es luminoso porque le prestan luz los destellos de tu saber.

»La mar inmensa de tus méritos lanza sus ondas hasta por encima de los cielos: durante millares de años, el cielo, considerando tu pura esencia, le ha parecido cenagosa el agua del Paraíso.

»Los tesoros que oculta la naturaleza, y aquéllos con que enriquece al universo, carecen de esplendor y estima, cuando tú derramas los tesoros de tus beneficios.

»Ser de una especie indefinible, los mandatos de la Providencia se ejecutan por tu mandato.»

Para los chiitas y aun para muchos musulmanes ortodoxos, Alí poseyó el don de adivinar lo porvenir, y su ciencia de adivino la consiguió en un libro que llaman *Chefr*: poseyeron este libro varios descendientes suyos, y des-

pués pasó á los tesoros de algunas dinastías musulmanas.

Los persas, poco observantes en pintura de los preceptos musulmicos, contrarios á la representación del sér humano, cuando dibujan la figura de Alí le representan velado el rostro; quieren indicar con esto lo que afirma una de sus leyendas: que los ojos humanos no podían resistir la mirada del primo de Mahoma; añadiendo aún más: que cuando aparecía ante las gentes, éstas se le prosternaban, exclamando:

—Tú eres Dios; tú eres Dios.

Que Alí, al oír esto les daba muerte con su mirada, y después les volvía á la vida. De aquí viene el llamarle *Dispensador de las luces y gracias celestes*.

Sus devotos sostienen que el culto de Alí es un seguro de fortuna y felicidad, y hay próceres encumbrados y de gran expectación en Persia que, por humildad, se intitulan *perro que guarda la puerta de Alí*.

«El que no está bien dispuesto en favor de Alí, decía otro de sus poetas, aunque fuera yo mismo, no le tengo por amigo; el que no se considere como polvo de su puerta, aunque sea un ángel, caiga sobre él la tierra.»

De esta suerte, letras, artes y religión consagran entre los chiitas la memoria de Alí;

hemos visto cómo la celebran los poetas: ellos darán idea de las exageraciones á que se entregan los prosistas; hay dramas que versan sobre los sucesos culminantes de estas historias, de suyo bien trágicas; los devotos, maldiciendo como usurpadores á los tres primeros califas, visitan, cerca de Cufa, la tumba del mártir; fiestas religiosas y civiles se dan para celebrarle: y en suma, aquél que no halló en vida justicia entre sus coetáneos, ha hallado, ya hace muchos siglos, veneración excesiva en la posteridad.

Rechazan los musulmanes ortodoxos, con horror y vilipendio, la mayor parte de estos absurdos, y dicen que en cuanto espira un chiita vase derecho al Infierno: por contra sus adversarios los abruman á improperios y maldiciones, sosteniendo que todos los sunníes van al fuego eterno, montados sobre judíos, ó como nuestras brujas de antaño, en trasgos y endriagos; y añaden también gravemente, que si degollar á un infiel es una obra pía, degollar á un sunní vale tanto como sesenta buenas obras.

Mientras tanto, la perseguida familia de Mahoma, ó impostores diestros que fingían pertenecer á ella, constituyeron dinastías en Europa, Asia y Africa, alguna de las cuales aún ejerce el imperio; sus pretensiones costa-

ron torrentes de sangre á esta humanidad, siempre dispuesta á sacrificar vidas y haciendas ante cualquier diestro ó afortunado ambicioso; sus viejos agravios justificaron acciones crueles: así, cuando Timurlenk entró en Damasco, disculpó los horrores que sus bárbaras hordas cometieron en la ciudad, dándolos como castigo, en los nietos, de las maldades que cometieron sus ascendientes contra su legítimo califa.

Las leyendas referentes á Alí que coleccioné en este volumen, inspiradas, sin duda, en el propósito de levantar el entusiasmo religioso de los musulimes, nos le presentan como un caballero de la Tabla Redonda, como un Bayardo, sin miedo ni tacha.

Parecen estos cuentos capítulos arrancados á cualquier libro de caballerías, pues en ellos hallamos siempre al adalid heroico del Islamismo, unas veces lidiando en combates singulares, muy semejantes á los que con tan vivo colorido narró nuestro Ginés Pérez de Hita; venciendo á los más esforzados guerreros; arrancando de sus sillas, como el águila arrebató al pájaro, á gigantescos hombres de armas; hendiendo corazas y capacetes con aquella espada *Dulficar*, regalo de Mahoma, más famosa entre agarenos que *Tizona* y *Colada* entre los españoles, ó decidiendo la suerte de una batalla con

la rendición, á veces con la conversión, del general enemigo. En otras ocasiones nos le presentan llevándose por delante, como pudiera hacerlo el caballero de la Cruz ó el del Cisne, á mandobles, lanzadas ó hachazos, mesnadas enteras de gente común, sembrando á su paso el terror y el exterminio.

Y así como la señal de la Cruz, ó los encantos de Merlín ó de Urganda, obraban maravillas en estos lances de guerra, así la profesión de fe musulímica ó ciertos versículos del Alcorán, invocados en alta voz, obran prodigios en favor de Alí contra sus enemigos.

Estos son de todas clases: varones valientísimos, amazonas temerarias, genios malévolos, diablos en varias figuras y apariencias; ya tiene que humillar la soberbia de un príncipe árabe, que nunca conoció par en valentía; ya, otro San Jorge, que lidiar con dragones, que arrojan por sus fauces torrentes de humo y llamas; ya que justificarse con su valor de las calumnias y hablillas de alguna vieja mal pensada y murmuradora: á todos los domeña aquel corazón, en el cual nunca moró el miedo; á unos con las armas, á otros con el poderío de Allah, á muchos con la gallarda generosidad de sus hechos ó con la conmovedora elocuencia de sus dichos.

Lo sobrenatural y maravilloso llena, pues,

mucha parte de estos relatos, ofreciendo á la historia literaria un aspecto nuevo y cuasi desconocido de la literatura caballeresca, no sólo alarbe, sino castellana, leída con todas las veras del alma entre los moriscos españoles, mientras los cristianos se deleitaban con los libros de caballería, cuasi al mismo tiempo que en miserable é incómoda cárcel creaba nuestro Cervantes su *Quijote*.

Habiendo tratado de Omar y de Alí, pongo fin al tratar de sus cosas con una anécdota, que sobre ambos encontré en los libros aljamiados, la cual da indicios del carácter de ambos, y nos muestra que entre moriscos había también afición al retruécano y á los juegos de palabras:

«Dice (1) (el narrador) que salió un día Omar por las calles de la ciudad, y topóse con un hombre que lo llamaban Hodaifata, y díxole Omar:

—¡Oh Hodafaita! ¿Cómo te va hoy por la mañana? (2).

Dixo:

—¡Oh Omar! Amo el escándalo, y esquivo la verdad, y creo (en) lo que no veo, y hago

(1) M. S. de la Biblioteca Nacional, G. g. 196, aljamiado, fol. 5.

—(2) Sobre que has amanecido esta mañana, en el texto.

oración sin (hacer) ablución (1), y tengo lo que Allah no tiene en el cielo.

Pues cuando oyó aquello Omar enoyóse mucho, y pasó adelante; y topóse con Alí ebn Abitalib, complázcase Allah con él (2), y conoció Alí que Omar iba enoxado, y díxole:

—¡Oh Omar! ¿qué es que te veo enoxado?

Dixo Omar:

—¡Oh Alí! heme topado con Hodaifata y le he preguntado qué tal (3) había amanecido; y háme dicho que ama el escándalo, esquiva la verdad (4), hace oración sin ablución y tiene lo que Allah no tiene en el cielo; y heme enoxado de oírle estas palabras.

Dixo Alí:

—¡Oh Omar! sosiégate, que él dice la verdad; porque si dice que ama el escándalo, dice verdad; que quien ama los hiyos y (los) bienes (5), ama el escándalo, porque los hiyos y los bienes son escándalos de las yentes. Y si dice que esquiva la verdad, dice verdad, pues quien esquiva la muerte, esquiva la verdad; que no puede faltar nengun(o) de morir. Y si dice que cree en (6) lo que no ve, dice verdad, que él cree en Allah, y no lo ve. Y si dice que hace oración sin ablución, es (7) que hace oración por

(1) *Azzala sin aluadu*, en el texto.—(2) *Radiya Allahu anhu*.—(3) *Sobre que*.—(4) Fol. 5 v.—(5) *Algos*, en el texto.—(6) *En*.—(7) Hacer *azzala* en árabe puede significar hacer oración, ó hacer, res-

el profeta Mahoma, y puédelo hacer (sin ablución.) Y si dice que tiene lo que Allah no tiene en el cielo, dice verdad, que tiene hiyos y mujer, y Allah no los (1) tiene en el cielo.

Y desenoyóse Omar. La alabanza á Dios (2).»

Entre los compañeros de Mahoma, uno de los más fieles á su causa y más identificado con su persona fué su *almuédano*, ó pregonero de la oración, Bilal ben Hamama, ó ben Riah, como otros dicen, quien en las leyendas moriscas sirve también al Profeta, como si dijéramos, de ayudante de órdenes.

Era Bilal mulato y esclavo de Omeya ben Jalaf, prócer de Meca, cuando se convirtió al mahometismo, siendo de los primeros, el primero sostienen algunos, que confesó la nueva creencia.

La persecución que sufrió Mahoma, y de la cual pudo salvarle el temor á las represalias de su poderosa familia, á veces solamente su suerte, alcanzó también al pobre mulato. Su amo, que era uno de los corifeos del bando enemigo del Profeta, conocida su conversión, maltratóle ruda y cruelmente; para extremar su martirio llevábale en las horas más calorosas del

pecto de Mahoma, la deprecación repetida en este volumen: *zalla Allah alaihi*, etc.; para la primera hay que hacer ablución.—(1) *Lo no*, en el texto. (2)—*Alhamdu lillahi*.

día al valle de Bale, cerca de Meca, que herido por los rayos solares parecía un horno, y hacíale acostar de cara al sol, poniéndole encima del pecho una gruesa piedra, y diciéndole:

—Así te estarás hasta que reniegues de Mahoma, y adores á Lat y á Ozza.

—No hay más que un solo Dios, repetía constantemente el pobre esclavo en su fatigoso martirio.

Cierto día pasó por aquel sitio Abu Becr, é indignado ante la infame acción de Omeya, le dijo:

—¿No temes que te castigue el cielo por la barbarie con que tratas á este desdichado?

—Tú le has seducido, contestóle Omeya; sácale de penas.

—Bueno; tengo un esclavo negro más robusto y joven que ese: tómale en cambio.

Aceptado el trato, Bilal pasó á poder de Abu Becr, quien inmediatamente le emancipó.

Algún tiempo después, vencidos los mecánicos por Mahoma en Bedr, Omeya y su hijo Alí, al ocultarse en un repliegue del terreno, vieron venir á Abderrahmán ben Auf cargado con unas corazas, que como botín había arrancado á los infieles.

—Protéjenos, imploró Omeya: nuestro rescate vale más que esas corazas.

Abderrahmán se apresuró á dejarlas; colócese en medio de sus amigos, cogiéndose á ellos con las manos, y se encaminó al real de Mahoma. Pero antes de llegar tuvieron la desgracia de dar con Bilal, quien, recordando la crueldad de su antiguo amo, rencoroso y vengativo, comenzó á gritar:

—Ved aquí á Omeya ben Jalaf, cabeza de la idolatría; que me degüellen si no muere.

—¿Te atreverás á tocar á mis prisioneros? exclamó Abderrahmán.

—Que me muera si no le mato.

—¿Oyes lo que te digo, hijo de una negra? Ambos están bajo mi protección.

—Muera yo si no le mato, gritaba sin cesar Bilal; á mí, musulmanes, á mí: he aquí á Omeya ben Jalaf, cabeza de la idolatría.

A su voz acudieron multitud de fanáticos; Abderrahmán defendió valerosamente á sus amigos, pero el número de los que le acometieron pudo más que su buena voluntad, y les hicieron pedazos.

—Dios perdone á Bilal, decía después tristemente Aben Auf: por su culpa he perdido mis corazas y el rescate de mis cautivos.

Por entonces era ya Bilal almuédano del Profeta; en el primer año de la estancia de éste en Medina, primero de su expatriación de Meca, pensó en el medio de convocar á sus

fieles á orar; dudando estaba entre la trompeta que usaban los judíos ó la carraca que empleaban los cristianos, cuando uno de sus compañeros tuvo un sueño que decidió la forma y fórmula de la convocatoria á la oración.

Siguiendo lo que creía una revelación celeste, Mahoma adoptó para el llamamiento la voz humana, y eligió como almuédano á Bilal, cuya voz vibrante y sonora se dejaba oír á larga distancia, según la leyenda á muchas leguas.

Desde entonces Bilal fué el almuédano del Profeta, y después patrono de todos los almuédanos ó muezzines, como generalmente se dice; su voz poderosa llamó á la plegaria al séquito del Profeta, á los emigrados que con él salieron de Meca y á los auxiliares que encontró en Medina, en todas ocasiones, y especialmente en las más solemnes del Islamismo; sobre todo, en la ocasión solemne en que, purgada la Caaba de la infección de la idolatría y destruídos sus fetiches, se proclamó á los cuatro vientos la unidad de Dios y el apostolado de Mahoma.

Nuestra leyenda, sencilla y bella, está impregnada de la melancólica tristeza que en los fieles servidores del Profeta produjo la muerte de éste, y marca la lealtad del viejo mulato. Algo pugna con la historia, pues después

de aquella muerte, Bilal dejó de pregonar las horas de la plegaria y sentó plaza en las hues-tes que se lanzaron á las conquistas.

Cuando Omar tomó posesión de Jerusalén, Bilal rompió su silencio, y los ecos de aquella ciudad, santificada por tantas nobles memo-rias, repitieron los acentos del viejo almuéda-no, que escuchaban los del séquito de Mahoma, recordando á éste con las lágrimas en los ojos.

Algo de esta conmovedora melancolía hay en la tradición morisca, que nos muestra, por otra parte, á Bilal curado del afán de rique-zas, que, según se cuenta, obligó á Mahoma á decirle:

—Vive de tal modo que llegues á la presen-cia de Dios pobre, no rico, porque en su mo-rada los pobres ocupan el primer rango.

La leyenda que sigue á la de la muerte de Bilal, relata las maravillas que Dios mostró á Abraham, á quien los tradicionistas árabes llaman el *Amigo de Allah*, en las orillas é islas del mar: su narración pone de manifiesto la inclinación á lo extraordinario y sobrenatural que en todo tiempo han tenido los musulma-nes y que les ha hecho infinitas veces llegar á los extremos límites de lo absurdo.

Ya en el primer tomo de esta obra llamé la

atención del lector hacia la predilección que los moriscos demostraron por traducir, y sin duda por leer, aquellos relatos que se ocupaban, principalmente, de la idea de la muerte: de ella se sirvieron, así como nuestros ascetas y moralistas cristianos, para herir la imaginación de los creyentes con la pintura de los momentos supremos, para regularizar su conducta, contener los desórdenes de las pasiones humanas, mantener el prestigio de los preceptos religiosos é inspirarles el más absoluto menosprecio á las vanidades y goces mundanos.

Aquellos terribles instantes en que el hombre debía ver surgir ante sus ojos la figura de *Malaculmãut*, el *Angel de la Muerte*, visible sólo para él, invisible para los que le rodearan; el dolor agudo de la separación de alma y cuerpo; la estrecha cuenta que debía dar de todas sus acciones, especialmente de sus creencias religiosas, á los ángeles Munkir y Nakir, apenas cerraran sus párpados las sombras del eterno sueño, y cayera sobre él la losa del sepulcro, sirvieron á maravilla de temas á sus moralistas, autores de leyendas y predicadores.

Mediante ellos, procuraban éstos inculcar la pureza de costumbres, sostener las buenas relaciones entre musulmanes, y poner valladares infranqueables á la propaganda evangélica, á

cada instante más absorbente, auxiliada por la elevación y verdad de la doctrina, por el terror de la persecución, y muchas veces por las sugestiones de la ambición personal.

Curioso por todo extremo sería un paralelo entre esta clase de medios de mantener las viejas ideas mahometanas y las que desde el púlpito se predicaban á los cristianos: bien podría servir como uno de los más fehacientes términos de comparación la leyenda que inserto, después de la enunciada antes; pues si no en los pormenores, en el fondo, fácilmente se hallarían entre nuestros escritores de los siglos xvi y xvii, y en las narraciones vulgares legendarias, ideas parecidas á las de aquellos dos amigos, devotos de Allah, unidos por largos años de abstinencias y oraciones, que, entre los rigores de su ascetismo, se ofrecen mutuamente revelar el que antes muera á su compañero los misterios de ultra-tumba; y fácil sería hallar leyendas cristianas en las que, como en la mahometana, el difunto se apareciera con sueños á su amigo, confirmándole en su santa vida, con el relato de los amargos trances porque ha pasado desde su separación.

Para aumentar las noticias que esta leyenda ofrece sobre las creencias musulmanas corrientes entre moriscos, acerca del destino de

los muertos antes del juicio supremo, vea el lector la siguiente curiosa anécdota:

«Fué recontado que Omar ibnu Aljatab (1) le pidió á Allah ver las almas de los muertos en sueños (2); y llevó Allah su alma á un cimiterio (3), y vido á los muertos asentados de cara hacia el Oriente (4) de sus fuesas, unos con otros en (5) corros, y dixo Omar:

—La salud sea (6) con vosotros.

Y no le tornaron el saludo (7).

Dixo Omar:

—¡Oh gente! (8) ¿qué os impide devolverme el saludo? (9).

Dixéronle:

—¡Oh Omar! devolverte el saludo es ganar obras buenas (10), y nos somos muertos, ni podemos ganar obras buenas, ni hacer pecado. ¡Oh Omar! buena ventura tienes (11), honrado eres (12) por Dios (y) eres amado. ¡Oh Omar! nos oimos tu voz, cuando tú demandastes á Allah que te dexase verte con nos en sueños (13); y nos oimos tu voz, así como los de la tierra oyen el trueno fuerte.

(1) M.S. de la Bibl. Nac., G. g. 70, fol. 114, aljamiado.—(2) *En su dormir*, en el texto.—(3) *Almekabar*.—(4) *La alhibia*.—(5) *A*.—(6) *Esselam sobre vos*.—(7) *Esselam*.—(8) *Devieda*.—(9) *Tornarme el asselam*.—(10) *Alhasanas*.—(11) *Pará ti*.—(12) *En poder*.—(13) *En tu dormir*.

Dixo Omar: *ya oimij ish azina coltaum col*

—¿Y vosotros veisme mi faz? *ocorje el total*

Dixéronle:

—¡Oh Omar! nos nos asentamos en corros unos con otros en los patios de entre nuevas fuesas, y allí tomamos ejemplo ⁽¹⁾ en los del mundo, así como ⁽²⁾ tomáis ejemplo los del mundo ⁽³⁾ de nos; y el viernes ⁽⁴⁾, á la hora de la oración de la tarde ⁽⁵⁾, que vais ⁽⁶⁾ á las mezquitas, dende aquí os miramos, fasta que tornáis, después de vuestra oración ⁽⁷⁾.

Y cuando muere alguno de vosotros, ayúntámonos á él, (para) demandarle nuevas de los qu' hemos dexado en el mundo, así como vosotros demandáis á uno que viene de larga tierra; y cuando demandamos de alguno, y el que viene nos dice que ya murió, al punto sabemos que no ha ido (por) buen camino.»

No sólo el espanto de la muerte y de las angustias de la tumba servían á los moralistas agarenos, para contener en el bien á sus correligionarios: las almas, según ellos, después de pasar por el juicio de los dos ángeles de los sepulcros, aunque seguras ya de su futuro destino, gloria ó infierno, aunque atormentadas

(1) *Imien*, en el texto.—(2) Fol 113.—(3) *Dona por donia*, en el texto.—(4) *Día de alchumua*.—(5) *Addohar*.—(6) *Eis*.—(7) *Azzala*.

duramente las de los réprobos, y embelesadas las de los buenos con la esperanza de las delicias eternas, no entraban en el tormento ó en las eternas bienandanzas sino después del Juicio universal.

A cada instante la amenaza de éste surge en los escritos de los moralistas, como surgen en las páginas del Alcorán, como debieron escucharlas los sarracenos en las *aljotbas* ó sermones, pronunciados desde sus *mimbares* ó púlpitos.

Y por cierto que si entre cristianos fueron narrados con elocuente sublimidad los últimos momentos de la creación, elocuente y sublime es el cuadro que los alarbes trazaron de sus terribles horas, sintiendo de ellas mucho de lo que inspiró al genio gigante, que trazó en la Capilla Sixtina aquellas terribles escenas que habían aterrado millares de almas.

De las dos leyendas que sobre este punto ofrezco, la una es una especie de disertación legendaria, que contiene los antecedentes del Juicio universal, los signos que le han de preceder, y la situación del mundo y de los hombres al realizarse.

La segunda es un cuadro completo de las últimas horas del mundo, y de la suerte futura de sus habitantes.

El primero es menos literario, pero ofrece

al observador atento datos curiosos para fijar el estado intelectual y moral de los tiempos en que se compilaron sus noticias, y de las creencias de los moriscos, que las tradujeron al castellano para poder leerlas: el segundo es más literario; no me atrevo á decir más artístico, aunque también hay arte en su exposición.

En ambos hallará el lector, entre sublimes ideas y relatos, pormenores burlescos, grotescos á veces, que traen la risa á los labios; bien así, como los viejos iluminadores de manuscritos mezclaron grotescas figuras á sus bellas y delicadas creaciones.

Cuando se han leído las descripciones alcoránicas del *día de la Cuenta*, no puede menos de admirarse aquel terremoto, ante el cual el padre no se ocupará de sus hijos, ni éstos de sus padres, sino cada uno de su pasada vida; aquellas brillantes descripciones del sagrado libro mahometano, en que las montañas, arrebatadas en los aires, caerán unas sobre otras destrozándose por completo; en que el cielo, cual bronce fundido, se henderá en dos partes; la tierra será como un puñado de polvo en la mano de Dios, y los cielos se enrollarán á su diestra; en que bullirán los mares, y las tumbas arrojarán de su seno cuanto encierran.

Las leyendas que ofrezco se han inspirado en estas ideas; han reflejado á veces estos re-

lámpagos de inspiración, pero no han sabido mantenerse en estas sublimes alturas.

Con ellas concluyo la tarea que me he impuesto al comenzar esta obra, en la cual creo haber revelado un aspecto nuevo de las letras patrias; algo del modo de ser y de creer de gente española durante mucho tiempo; algo que ilustre y explique las luchas, resistencia y desventuras de parte de la población de España durante dos siglos; algo que sirva de nuevos argumentos á nuestra crítica histórica, y que descubra un aspecto nuevo de la historia interna española.

Esta obra es como un grano de arena en la historia de los moriscos; por dichoso me daré, y por bien empleado mi trabajo, si contribuye á enriquecer los del narrador, para quien esté guardada la envidiable empresa de relatar, como cumple á las exigencias de la crítica moderna, la vida y sucesos de aquella desventurada raza.

MADRID 29 de Agosto de 1886.



LEYENDA

DE LA

CONVERSIÓN DE OMAR.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA



En el nombre de Dios clemente y misericordioso ⁽¹⁾.

FUÉ recontado por Ahmed ibnu Zalih, tomándolo ⁽²⁾ de Ibnu Abbas, complázcase Dios con ellos ⁽³⁾, que descendió (del cielo) á Mahoma, que Dios le conceda la salud y le salve ⁽⁴⁾, una aleya, que dice:
—*Innacum uama tâboduna min duni Allahi hazabon Chahannam entum laha uaridona* ⁽⁵⁾, que quiere decir: vosotros los que adoráis otro Señor fuera de Allah, sereis contados para el infierno ⁽⁶⁾, y allí seréis traídos ⁽⁷⁾.

Dixo Ibnu Abbas, que cuando Abu Chahl ⁽⁸⁾,

(1) *Bismi*, etc. M. S. de la Bibliot. Nac., G. g. 70, aljamiado.—
(2) *Por*, en el texto.—(3) *Radiya*, etc.—(4) *Zalla*, etc.—(5) Sura XXI, 98.—(6) *Chahannam*, en el texto.—(7) La versión de este versículo es: de cierto vosotros y los ídolos que adoráis con exclusión de Dios, seréis pasto del infierno, donde seréis precipitados.—(8) Abu Chahl ben Hixem, prócer de Meca de los más encarnizados enemigos de Mahoma, lo insultó cruelmente, procuró su descrédito, se opuso á la reconciliación de él y de sus partidarios con los otros ko-reixies, y propuso matarle cuando se disponía á huir á Medina; ya en ésta mandó cuerpos de tropas, enviados contra Mahoma; se mofaba

maldígale Allah, supo cómo había descendido del cielo aquella aleya á Mahoma, y de cómo condenaba á ellos y á sus padres y abuelos; levantóse un día el maldito de Abu Chahl en la casa de las ídolas, y comenzó de sermonear á sus compañeros (1), y dixo:

—¡Oh compañeros de Coraix! este hombre, que se llama Mahoma, ha denostado á nueso Señor, y dice que todos cuantos han sido de nuestos pasados, de nuestos padres y auelos, que son del fuego del infierno (2); por donde digo que quien matará á Mahoma, que yo le daré cien camellas (3) coloradas, y ciento ne-

de él y de su familia, y decidió con su odio la batalla de Bedr; cuando los mecánies se preparaban á retirarse del campo de batalla, perdió en ésta una pierna, que Moad, compañero del Profeta, le cortó por encima de la rodilla; terminada la lucha, Mahoma, ante todo, quiso asegurarse de su muerte.

—Buscadle, dijo; le reconoceréis en una cicatriz que tiene en la rodilla: siendo mozos disputamos un día por un sitio en un convite; le empujé, cayó, se hirió en la rodilla, y siempre ha conservado la cicatriz de esta herida.

Abdallah ben Masud le halló, en efecto, espirando.

—Enemigo de Dios, le dijo, hete aquí confundido.

—¿Por qué? contestó el muribundo: habéis muerto un hombre, eso es todo; ¿quién ha vencido?

—Dios y su Profeta, exclamó Abdallah, dándole el golpe de gracia; después llevó su cabeza al Profeta.

—He aquí la cabeza del enemigo de Dios.

—¿Juras que es de él? dijo Mahoma.

—Sí lo juro.

Entonces Mahoma se prosternó, dando gracias al cielo.

(1) *Compañas*, en el texto.—(2) *Chahannam*.—(3) *Anckas*.

gras, y mil onzas de plata blanca, y mil onzas de oro bermeyo (1).

Al punto (2) levantóse Omar ibnu Aljatab, que entonces (3) vivía en aquella ley de Abu Chahl, y dixo:

—¡Oh nueso caudillo! ¿será cierto que lo harás así como lo dices?

Dixo Abu Chahl:

—Sí, y en seguida pagaré (4) y sin plazo.

Y tomólo Abu Chahl de la mano, y entróse (5) con él en la casa de las ídolas, y fizole juramento ante ellas de cumplir, así como lo prometía; y así era la costumbre (6) de los descreyentes que no facían cosa, que no demandaban conceyo y licencia á las ídolas.

Fecho el juramento, salió Omar con su espada y su ballesta, para irse á matar á Mahoma, y encontrólo uno de los de Bani Zohair, y díxole:

—¿A dónde vas?

Dixo él:

—A matar á Mahoma.

Respondió el otro, y díxole:

—Mira que no vayas (7) á hacerte muslim ante él (8): ¿cómo vas seguro que los de Abdulmotalib y los de Haxem te lo dexarán ma-

(1) Mermeyo, en el texto.—(2) La hora.—(3) La hora.—(4) Y logo pagar.—(5) Déntróse.—(6) Fol. III.—(7) Más, en el texto.—(8) En sus manos.

tar, y no te matarán á ti? Yo pensaría que no.

Dixo Omar:

—¿Y cómo crees (tú) tanto en (1) la religión de Mahoma? Si yo lo supiese de cierto, tú pagarías también como él.

Dixo el otro:

—Yo estoy en la religión de Abraham y de Ismail; mira tú si estoy apartado de la suya.

Al punto fuese Omar, fasta que llegó á la puerta de Meca, hónrela Allah, y falló alguna gente (2) que degollaba un becerro para partir su carne; y como llegó Omar, soltó Allah la habla al becerro, de lengua suelta y clara (3), y dixo:

—¡Oh aquéllos que me degolláis! sabed que os ha venido el desengañante de las verdades; su dicho es: «no hay más Dios que Allah, Mahoma es el mensajero de Allah.»

Dixo Ibnu Abbas: así como lo oyeron fueron huyendo, y Omar muy espantado, maravillado (4) de aquellas palabras, dixendo:

—Esto es gran fecho: si yo no mato á Mahoma antes que más se extienda su fecho, todos seremos puestos en dubdar.

Y fuese derecho á la ciudad de Meca, á la casa de consejo, donde estaban los mayores de Koraix, y fízoles (5) saber lo que había oído al becerro.

(1) *El addin*, en el texto.—(2) *Una compañía*.—(3) *Paladina*.—(4) Fol. 110.—(5) *A*, en el texto.

Dixeron los de Koraix:

—Si otri lo dixiese, como tú lo dices, no lo creeríamos; empero no lo digas á nadie.

Dixo Omar ibnu Aljatab:

—Juro á Dios ⁽¹⁾ de no encubrir nada ⁽²⁾ sea verdad ó mentira, pues yo lo he oído.

Y fuese, y no se encontraba con ninguno, que no se lo contaba; y llegó á una plaza, y falló alguna gente ⁽³⁾, que iban á la ídola mayor para que les librase un pleito.

Y fuese Omar con ellos, y cuando estuvieron delante de la ídola Habal, habló dentro della una voz, y decía:

—¡Oh gentes las que tenéis entendimiento! no sirváis á las ídolas, que no tienen poder ni valor de yuzgaros el pleito, en bien ni en mal: servid á Allah, aquél que no hay otro Señor sino él; en su poder son las llaves del saber; seguid á su profeta Mahoma.

Recuenta Ibnu Abbas que, cuando oyeron aquellas ⁽⁴⁾ palabras, salieron todos huyendo, espantados, maravillados de aquello.

Y fuese Omar, siempre con voluntad de matar á Mahoma, y encontrólo uno de los de Abdulmotalib, y díxole:

—¿A dónde vas? ¡oh Omar!

Dixo él:

(1) *Uallah, uallah*, en el texto.—(2) *Cosa*.—(3) *Compañía*.—(4) Fol. 109.

—A matar á Mahoma.

Dixo el otro:

—Primero lo pensarás bien; en(tre) nosotros hay quien te dará buen recado.

Dixo Omar:

—Por mi ley te yuro (que) si no (fuera) porque eres mucho mi amigo, tú me pagarías por él.

Dixo el otro:

—¿Y piensas que dexaré yo por tu miedo de decir la verdad? ¡Por Allah! yo te diré una cosa que la ternás á grande maravilla.

Dixo Omar:

—¿Y qué es?

Dixo el otro:

—Sabrás que tu hermana y tu cuñado se han tornado á la religión de Mahoma.

Dixo Omar:

—No puede ser; ¿cómo no sabría (yo) la verdad?

Díxole:

—Yo te diré en qué lo verás: cuando irás á su casa, no comerán de lo que degüelles (x), ni harán mención de ti como solían; y en esto lo verás.

Y fuese Omar á casa de su hermana muy airado, y en aquel tiempo (2) descendió la Sura de Tah (3) á Mahoma; y enseñábensela á la her-

(x) *Degüella*, en el texto.—(2) *Hora*.—(3) S. XX del Alcorán.

mana de Omar, y paróse á la puerta de la casa á escuchar, y oyó que leían.

Y llamó á la puerta, y luego su hermana escondió (1) el libro (2), y entró Omar, y dixo:

—¿Qué nuevas son éstas?

Dixo su hermana:

—Palabras que nos alegramos con ellas.

Y él no se cuidó entonces (3) de saber más noticias (4); y demandó un carnero, y trayéronsele, y degollólo, y diólo á su hermana que lo guisasen; y cuando fué guisado, dixo Omar:

—Asentaos y comed junto (5) á mí.

Dixo su hermana:

—Hermano, comed; que no comeremos, porque habemos prometido de no comer lo que tú degüelles (6).

Dixo Omar:

—¡Por Allah! verdad dixo fulano.

Y levantóse y firió malamente á su hermana, que l' ensangrentó la cabeza; y ella comenzó á gritar (7), diciendo:

—Traidor manifiesto, negador de la verdad; atestigo (8) con (las palabras) no hay más Dios que Allah y que Mahoma es su enviado (9).

Y quedó Omar muy turbado, entristecido; y cuando vino la noche, escondióse Omar en

(1) Fol. 108.—(2) *Alquitab*, en el texto.—(3) *No curó al presente*.—(4) *Nuevas*.—(5) *A par de*.—(6) *Tu degollada*.—(7) *Cridar*.—

(8) *Yo fago testigo*.—(9) *La illah*, etc.

cierta parte (1) de la casa, y su hermana y su marido en la cama: y cuando fué pasada la media noche levantóse su hermana, y (d)espertó á su marido, y díxole:

—¡Oh Said! levántate y leiremos nuestra Sura, que mucho hemos dormido.

Y hicieron ablución, y pusieronse á leir, diciendo:

—En el nombre de Dios clemente y misericordioso:

—Te (2) enviamos el Alcorán para hacerte desdichado, y como admonición para el que cree; fué enviado por el que creó la tierra y los altos cielos, el Misericordioso que se sienta sobre el trono (celeste), á quien pertenece cuanto hay en los cielos y en la tierra (3).

Cuando Omar oyó leir estas palabras, levantó su cabeza y dixo:

—¡Oh hermana! tu Señor es ese que dice el versículo (4) que es Señor de los cielos, y de la tierra, y de lo que hay en ellas.

Dixo ella:

—Sí ¡por Dios! (5) hermano, y más de lo que dice el versículo.

(1) *Partida*, en el texto.—(2) Fol. 107.—(3) *Tah nama anzalna alaica alkoran litaska ille tadquiratin limen yahsa tanzilan min men jalaka alard nassemawati ilula arrahmanu al alarx istaua lu mafi'ssemawati nama filardi*: así en el texto. Aleya 1.^a á la mitad de la 5.^a S. XX.—(4) *Alea*, en el texto.—(5) *Uallah*.

Dixo Omar:

—Por Allah te yuro, hermana, que tenemos nosotros en nuesa villa mil y quinientas ídolas, que todas ellas no señorean un palmo de tierra en Meca ni en toda su tierra; ¡oh hermana! dame ese libro, y verlo he.

Dixo ella:

—He miedo que lo quemarás.

Dixo (él):

—¡Oh hermana! dámelo, que yo te yuro, por la honra de nuestro padre Aljatab, de tornártelo sano y libre en tus manos.

Al punto dió gelo, y comenzó de mirarlo, y de decir en su lengua el versículo sobredicho.

Y dióle Allah á pensar aquello en su corazón, y púsole el deseo de la religión de Mahoma (1), y dixo en (2) altas voces:

—Señor, yo atestigo (3) que no hay más Dios que Allah, y que Mahoma es el enviado de Allah (4).

Y así estuvieron toda la (5) noche liyendo, y Omar decía:

—¡Señor Allah! ¿cuándo será el alba para ir á casa de Mahoma y verlo?

Y entraba y salía á menudo á ver si era de día, y no podía folgar, tanto tenía del deseo, fasta que amaneció Allah; y cuando fué de día

(1) El addín de Mohamed, en el texto.—(2) La ilah, etc.—(3) Yo fago testigo.—(4) La ilah, etc.—(5) Fol. 106.

entró uno que se llamaba Habasi Alatsar, y díxole:

—¡Oh Omar! has de saber que Mahoma, que Dios le salve y salude, ha rogado á Allah toda esta noche que esfuerce su religión ⁽¹⁾ contig(o), y tiene esperanza que Allah lo há de oír; por eso mira lo que te conviene ⁽²⁾.

Dixo Omar:

—Llévame ⁽³⁾ donde está Mahoma.

Díxole:

—¡Oh Omar! en casa de su tío ⁽⁴⁾ Hamza lo hallarás.

Y salió ⁽⁵⁾ Omar de casa de su hermana para ir (á) casa de Hamza y hacerse muslim ante Mahoma ⁽⁶⁾, habiendo venido para matarlo.

Yendo por el camino topó (con) alguna gente ⁽⁷⁾, que iba á la ídola mayor (para consultarla) sobre un pleito, y dixéronle:

—¡Oh Omar! ¿quieres ir con nos?

Dixo él:

—Sí.

Y cuando estuvieron delante de la ídola, que había de yuzgar el pleito, veos una voz ⁽⁸⁾ que decía:

—Dexad el servicio de la ídola llamada Adammar, y servid á Allah, que es uno, po-

(1) *Addin*, en el texto.—(2) *Cumple*.—(3) *Llévame*.—(4) *Ammi*.
 —(5) *Salló*.—(6) *En las manos de Mohammed*.—(7) *Una compañía*.
 —(8) *Clamante*.

deroso, y seguid á su enviado Mahoma (1), que ha heredado la profecía (2) de (3) los mensajeros (de Dios), que todo lo otro es vanedad.

Dice (el narrador) que se maravilló mucho la yente, y dixo Omar:

—Yo digo que en los cielos hay Señor sabidor, que sabe lo secreto y lo público: no hay Señor sino él solo, sin aparcerero; á él pertenecen (4) los nombres buenos.

Y salió Omar diciendo estas palabras, y creció en creencia en (5) Allah, fasta que llegó á casa de Hamza, con la espada á su cuello; y díxole Hamza:

—¿A dónde vas? ¡oh Omar! ¿Buscas á Mahoma, como has dicho, para matarlo? ¿Para qué lo quie(re)s? ¿No sabes que los de Abdulmotalib somos muchos, y que hay en nos quien no te habrá ningún temor?

Dixo Ibnu Abbas que, cuando lo oyó Mahoma, salió él muy aprisa, y díxole:

—¡Oh Omar! conviénete ser muslim; si no, acaecerte há con nos como á Alualid ibnu Mogaira (6).

Dixo Ibnu Abbas: en hablando Mahoma, comenzaron á temblar las coyunturas de Omar (7),

(1) *Annebi Mohammed*, en el texto.—(2) *Annobua*.—(3) Fol. 105.

—(4) *A él son*, en el texto.—(5) *Ad*.—(6) Alualid ibnu Mogaira fué un noble mecaní, enemigo encarnizado de Mahoma y los suyos.—

(7) *Comenzó Omar de tremolar sus yunturas*, en el texto.

y á doblegársele las rodillas, y cayósele la espada; encorvó la cabeza de temor y vergüenza del mensayero de Allah, Mahoma, y dixo con mucha vergüenza:

—¡Oh Mahoma! (1), yo atestiguo que no hay otro Señor sino Allah, solo, sin aparcero, y que tú eres Mahoma, su siervo y mensayero.

Y recibieronlo muy honradamente, y hizose con Omar todo el cumplimiento de muslim ante (2) Mahoma.

Estando así todos en placer en casa de Hamza, dixo Omar:

—¿Cuántos musulimes somos? ¡oh enviado de Allah!

Dixo Mahoma:

—Trenta y nueve, y conti(go) cuarenta.

Dixo Omar:

—A Aleta y Alozza sirven los de Koraix públicamente, por encima de los montes, y á la religión de Allah, purificada y verdadera, secretamente; y Allah no será servido de hoy adelante sino públicamente, ¡oh enviado de Allah!

Pues cuando amaneció Allah otro día con la buena mañana, dixo Omar:

—¡Oh enviado de Allah! vamos á la casa de Meca, donde están los descreyentes.

(1) Fol. 104.—(2) *En las manos de*, en el texto.

Y fuese Mahoma, y Omar y Abibecr á su mano derecha, y su tío ⁽¹⁾ Hamza á la izquierda, con todo el resto, fasta cuarenta de los musulimes, fasta llegar á la Kaaba, casa de consejo de los de Koraix; y cuando ellos vieron ⁽²⁾ venir á Mahoma ⁽³⁾ y Omar con ellos, dixieron:

—Bien haya Omar, que en el cielo ni en la tierra no ha nacido otro tal como él; ya trae ca(u)tivos á Mahoma y á su gente.

Dixo Omar:

—Enemigos de Allah y de su mensayero Mahoma: sabed que yo soy muslim, y creo en la religión de la verdad, y no hay Señor sino Allah, solo, sin aparcero, y que Mahoma es su siervo y su mensayero: y hoy en este día serán quebradas vuestras ídolas y vanedad.

Dixo Ibnu Abbas: cuando le oyeron estas palabras espantáronse y maravilláronse, diciendo:

—Hemos enviado á Omar á matar á Mahoma, y véoslo con ellos en la religión (del Islam): éste es un fecho muy grande y señalado, que ha descendido con nos.

Y arremetieron á él, y todos á ellos fasta que los sacaron de la casa (santa).

En aquel día mató Omar de los descreyen-

(1) *Amni*, en el texto.—(2) *Vidieron*.—(3) Fol. 103.

tes (1) setenta hombres, y vino Mahoma, y abrazólo, y dixo:

—Esforzado es el Islam con Omar.

Y hizo ablución (2) el séquito de Mahoma, y hicieron las dos prosternaciones (3) de (la oración) del alba en la casa (santa); y cuando acabaron su oración (4), dixo Omar á Mahoma:

—¿Quién entrará en la Casa (5) antigua (la Caaba)?

Dixo (6) Mahoma:

—Sí, que muy grande deseo tengo de ello.

Y tomó Omar á la delantera, y tomó de la mano á Mahoma, y decía cantando en verso (7):

—Ha venido la verdad y ha hundido la mentira: ¡oh gentes! éste es Ahmed, quien confunde la mentira y publica la verdad; éste es Mahoma, mensayero de Allah verdadero: testimoniad por él, y rogad por vosotros á Allah.

Y él, entrando por la puerta de la casa (santa), decía:

—¡Oh las ídolas! humillaos y prosternaos ante Mahoma.

Dixo Ibnu Abbas: en diciendo Omar estas palabras, dieron (8) todas las ídolas en el suelo, todas esmenuzadas.

(1) Este relato es enteramente legendario, y esta última noticia absolutamente falsa.—(2) *Tomó aluadu*, en el texto.—(3) *Arracaas*.—(4) *Azzala*.—(5) *Baitu alatik*.—(6) Fol. 102.—(7) *Asachadaos ad*, en el texto.—(8) *Daron*.

Y fecho esto descendió (del cielo) un versículo (1) de parte de Allah, que decía (2):

—¡Oh el profeta! guárdete Allah, y á todo quien te seguirá de los creyentes.

¡Por Allah! no pasó sino muy poco tiempo, que vinieron mil hombres á hacerse musulimes, y todo por el esfuerzo de Omar ibnu Aljatab.

Esto es lo que sabemos del razonamiento. Loor á Dios, Señor del Universo (3). Perdone Allah á todo el pueblo (4) de Mahoma. No hay fuerza (5) ni poder sino con Dios, el alto, el grande.

(1) *Alea*, en el texto.—(2) *Ya ayyoha annebiyu hasbucum Allahi, uamen itabâca min almuminina*, S. VIII, 65.—(3) *Ya rabbi*, etc., en el texto.—(4) *Alomma*.—(5) *La haula*, etc.



BATALLA

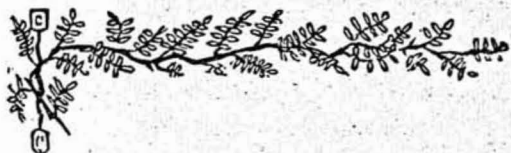
DEL

VALLE DE YERMUK.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA



*Esta ⁽¹⁾ es la batalla
del Valle de Yermuk ⁽²⁾ y su conquista
grande.*

ESTA es la batalla nombrada y mentada del Valle de Yermuk, la cual fué disipadora de los servidores de la Cruz ⁽³⁾; en la cual adelante se contarán sus maravillas, y la ventura que Allah puso con ellos.

Dixo Aluakidi, Dios se haya apiadado dél ⁽⁴⁾, que llegaron las nuevas al emperador Heraclio ⁽⁵⁾, que los musulimes habían ganado á Hemesa ⁽⁶⁾, y á Darrustak, y á Xairax, y que habían tomado á Alhidiyax, aquélla que había ido contra ella Harbix.

Y ayuntó (Heraclio) sus huestes, y sus Patriarcas, y sus ciudades, y aldeas, y hospederías ⁽⁷⁾, tanto que era lo ancho ⁽⁸⁾ de la hueste

(1) Fol. 95 v.—(2) Bibliot. Nac., G. g. 105, en aljamía. Dice el texto, *de Val i Yarmuk*.—(3) *Del Valle de Iambuc, la cual fué desipadera*. Fol. 96.—(4) *Rahimahu Allahu*, en el texto.—(5) *Hirhal*.—(6) *Hinza*.—(7) *Alfóndigas*.—(8) *Ampiezo*.

en Antioquía, y la delantera de la hueste tenía veinte leuas.

Y dixo el emperador Heraclio:

—¡Oh los de la religión (1) de la cristiandad! ya habréis sabido (las victorias) de los alárabes, y yo ya os he amodereado y aconsejado (2), y no habéis recibido de mí concejo ninguno; y yo vos yuro por el vasallaje (3) de la cruz, que no hay duda sino qu' enseñorearán todo lo qu' está debaxo de mi trono (4) a queste; y agora yo he yuntado reyes de los reyes: pues (a)rrepentíos á Cristo de vuestros pecados, porque es mi voluntad de enviar aquesta hueste á sus tierras, y tomar mi séquito (5), y lo mío, y enviarlos á tierras de Constantinopla (6), y yo (7) seré allí seguro de los alárabes.

Dice (el narrador), que al punto que oyeron aquello al rey, se le prosternaron (8), y dixéronle:

—¡Oh rey! no fagas tal cosa; no te separes de Cristo, que te sería demandado el día del Yudicio, y te abatirías, y te abatirían (9) los reyes; mas nosotros peharemos con los reyes de los alárabes, y por ventura (10) será l' ayuda para nosotros (11).

(1) *Addin*, en el texto.—(2) *Castigado*.—(3) *Dereitaje*.—(4) *Cátedra*.—(5) *Compañía*.—(6) *Gostantina*.—(7) Fol. 96 v.—(8) *Asacharon*, en el texto.—(9) *Abatirte fas y abatirte fan*.—(10) *Que*.—(11) *A nos*.

Dixo el emperador Heraclio:

—Pues ios por cuatro caminos (1), que si vais por un camino no habrá lugar á ello; y demandad por Haula ibnu Alauam, y yo (invitaré á unírseos) á los del Mostazira, y de Gásán, y los de Lajm, y los de Choddam (2).

Y fizo capitán yeneral sobre ellos á Mehén el Armenio (3), y díxole el emperador Heraclio:

—Yo te hago capitán sobre todos ¡oh Mehén! y sobre todas las huestes, que no hay capitán sobre tú.

Y después dixo á Canetir y á Yorye:

—No hagáis cosa sin conceio de Mehén, y apretaos en demandar por los alárabes.

Y pusieron á Nadiru sobre ellos (4), de la tierra de Alauezim y del Magrati.

Dixo (5) el recontador de la historia que llegaron las huestes á las baronías de (6) Abu Obaida, (y se asombró algún muslim) de lo que había visto del yentío, y dixo:

—No hay fuerza ni poder sino en Dios, el alto, el grande (7).

Y después levantóse Abu Obaida, y predi-

(1) Carreras, en el texto.—(2) Eran los árabes auxiliares de que se ha tratado en el prólogo de este tomo.—(3) Majencio?—(4) Sin duda sobre los auxiliares.—(5) Fol. 97.—(6) Debe ser á las posiciones conquistadas por Abu Obaida, que era el jefe de los árabes.—(7) La haula, etc., en el texto.

có (1), y loó á Allah loamiento (grande), y después dixo:

—¡Oh compañeros musulimes! que Dios tenga misericordia de vosotros (2); os ha tentado tentamiento bueno, para ver cómo sufriréis el trabajo; que mis espías (3) me han venido (á decir) que el enemigo de Allah, el emperador Heraclio, ha ayuntado de los descreyentes grande hueste, y quieren matar la claredad (de la verdad) de Allah, y Allah quiere cumplir su claredad, aunque pese á los descreyentes; sabed que Allah es(tá) con vosotros y (d)escontará vuestros enemigos, y él los turbará y los desipará; que no hay fuerza ni poder sino el (4) de Allah; y vosotros seréis vencedores si querrá Allah; mirad que es vuestro conceyo; que Dios tenga misericordia de vosotros.

Y levantóse un muslim, y dixo:

—El conceyo es que no esperemos que ellos lleguen á nosotros, sino que nosotros vamos á ellos, y ellos (5) habrán temor, y Allah los turbará; y (Allah) es más que no ellos, y dexemos este lugar, y vamos á ellos.

Y dixo Abu Obaida:

—Si me mudo de aquí habría (6) desobedecido á Omar ibnu Aljatab, rey de los musli-

(1) *Fizo aljotba*, en el texto.—(2) *Rahimacum Allah*.—(3) *Barruntas*.—(4) *La*.—(5) Fol. 97 v.—(6) Parece ser ésta la palabra que debía haber en esta parte del texto, que se halla carcomido.

mes, y me reñiría y dirá: has dexado la tierra que has ganado, y villas, y ciudades, que las has conquistado: y sería falta mía.

Dixo Kais ibnu Homaira:

—¡Oh jefe ⁽¹⁾ del pueblo de Mahoma! los alcázares y los ríos son bastura, y las piedras y su secura es asperura; no dexemos á los descreyentes la folgura, y vamos al trabajo.

Dixo Jalid ibnu Ualid:

—¡Oh capitán! César ⁽²⁾ está en Constanti-
noplá ⁽³⁾ con ochocientos mil (hombres): asen-
temos nosotros en el Valle de Yermuk, y ver-
ná el ayuda de Allah y del califa Omar ibnu
Aljatab.

Dixeron los musulimes:

—Buen conceyo es ese ¡oh Jalid!

En seguida mandó Abu Obaida mudarse á
las yentes, y dixo Abu Obaida á Jalid:

—Toma tu hueste y sey en la guarda de los
muslimes, mientras se mudan las yentes.

Y oyeron los descreyentes el ruido de los
muslimes en su mudamiento, y ⁽⁴⁾ acuitáronse
los rumíes entre ellos.

Y quando los vió Jalid, gritó con sus caba-
llos, y dixo:

—Esta es la seña de l' ayuda (de Dios).

Sacaron las espadas, y con él Alhirkal, y

(1) *Amin*, en el texto.—(2) *Kaisar*.—(3) *Val Zambuc*.—(4) Fo-
lio 98.

Diret ibnu Alezquad, y Talha, y Amir ibnu Otfair; y (a)cometieron los musulimes contra los descreyentes, y volvieron fuyendo los rumíes fasta el río del Jordán (1); y hundiéronse (en él) muchos de los descreyentes, por fuir de los musulimes.

Y en seguida asentó Abu Obaida en el Valle de Yermuc; y era un cerro (2) muy grande, y dexó Abu Obaida á las muxeres y criaturas en el cerro, y permanecieron (3) allí los musulimes, apareyando sus armas para pelear.

Y los enemigos de Allah (4) llegaban, y asentaron cerca dél.

Veos que se acercaron (gentes) de los musulimes á un valle muy rico, que se llamaba Alchaulán; y cuando vieron los musulimes la muchedumbre de los rumíes, acongoxáronse; y ellos (5) demandaban ayuda á Allah, el grande.

Y había mandado el emperador Heraclio á los rumíes que no acometiesen pelea ninguna (6), sino que primero (a)cometiesen parcialmente á los musulimes y los llamasen á combate igual (7).

Y envió Mehén á Yorye (un) mensayero, y acercóse Yorye cerca del real de los musulimes, y díxoles:

(1) Ordán, en el texto.—(2) Cabezo.—(3) Aturaron.—(4) Que.—(5) Que.—(6) Fol. 98 v.—(7) Acometiesen á partida de los musulimes y los llamasen á iuala, en el texto.

—¡Oh tropa, (1) de muslimes! Salga á mí el capitán, fasta que oiga de mí mi mensayería.

Y salióle Abu Obaida, y díxole:

—¿Qué demandas? ¡oh infiel!

Y dixo Yorye:

—¡Oh capitán! No os engañéis con decir que habéis vencido y ganado las tierras de Siria (2); mirad agora lo que está delante de vosotros.

Dixo Abu Obaida:

—No hemos miedo de vuestra muchedumbre, ni á vuestras espadas en la guerra, que nosotros eso buscamos; y no hay duda sino que nos hemos de encontrar, y enseñorear vuestros bienes (3) y vuestros reinos, así como nos lo prometió nuestro Profeta (4).

Dice (el narrador) que al punto que oyó Yorye las palabras de Abu Obaida, hízole saber á Mehén lo que le había dicho Abu Obaida; dixo (Mehén):

—¿No los llamaste á la paz ni concordia?

—No.

Dixo:

—Pues ¡por el vasallaje (5) del Mesías! (6) que todos seremos perdidos.

Dixo (el narrador) que al punto envió (7) Mehén por Haula ibnu Alham, y vino Haula fas-

(1) *Compañía*, en el texto.—(2) *Axxem*.—(3) *Algos*.—(4) *Annebi*.—(5) *Dereitaye*.—(6) *Mesih*.—(7) Fol. 99.

ta que se paró delante de Mehén, y díxole:

—¡Oh Haula! Sal entre las dos haces y llámalos á la concordia.

Y salió Haula entre los dos campos, y dixo:

—Salga á mí un capitán.

Y salióle á él Ibeda ibnu Assebit, y miró á él; y era Ibeda un hombre largo, como que él fuese de los hombres de Sonua (1); y húbole miedo Haula, y díxole Haula:

—¿Y quién eres tú? ¡oh caballero!

Dixo:

—Soy Ibeda ibnu Azebit.

—Mira que yo he salido á desengañar(os); mira que los más de vosotros sois mis parientes; ya veis esta hueste grande (2); no digáis que habéis vencido las huestes; mirad lo que está present delante de vosotros; mirad que si la dicha es contra vosotros, no tenéis defensa (3) fasta Medina (4); y si ellos son vencidos, estánse en sus tierras; y tomad mi conceyo, y tornadvos á vuestras tierras, y dexad lo que habéis ganado.

Dixo á él Ibeda ibnu Azebit:

—Nosotros sabemos que tenemos la verdad, y vos llamamos al Islam (5); y si no daremos la guerra como conviene, y (d)espedarvos hemos con nuestras espadas.

(1) ¿Será de Zanaa en el Yemen?—(2) Y, en el texto.—(3) Tenéis acuesto.—(4) Yatrib.—(5) Fol. 99 v.

Y cuando oyó aquello Haula, dixo: *sup. al*

—¡Oh parientel! Yo te he salido á desengañarvos, y diles á tus yentes que vengan á la paz (1).

—¡Oh Haula! No hay á nosotros paz, sino pagarnos las parias ó la espada, ó en medio el Islam.

Al punto tornóse Haula muy espantado de las palabras de Ibeda, y declarósele á Mehén el espanto que traía; y mandó Mehén á Haula que fuese con su yente á pelear con los musulimes.

Y salió Haula con los suyos, y los del Mostazir, y de Gasán, y de Choddán, y del Lajm. Veos á Abu Obaida que hablaba con Ibeda ibnu Zebit lo que le había dicho Haula; y en esto asomaron los de Haula, y vieron los musulimes su hueste, y gritáronse unos á otros, diciendo:

—Ya vienen los alárabes de Almostazir á pelear con nosotros.

Y gritó Jalid á los musulimes, y díxoles:

—Sufrid, sufrid; que Dios tenga piedad de nosotros (2).

Dixo Jalid:

—Los enemigos de Allah (3) vienen, y si nosotros peleamos todos, será grande abati-

(1) *Zalh*, en el texto.—(2) *Rahimacum*, etc.—(3) Fol. 100.

miento nuestro; mas salgámosles á estos sesenta mil enemigos, tres mil caballeros.

Y respondióle Abu Sofián, y dixo:

—Si te responde á eso alguno (1) ¡oh Jalid! será hombre engañado en su persona.

Díxole Jalid ben Ualid:

—¡Oh Abu Sofián! no seas cobarde en el Islam: (sé) valiente, valiente (2) en el Islam, digo, en la guerra santa (3).

Dixo Abu Sofián:

—¡Por Allah! ¡oh Jalid! no lo digo por cobardía; mas lo digo porque es gran flota, y por duelo de los musulimes: mas si te parece ¡oh Jalid! salgámosles á ellos sesenta musulimes, que le verná á cada uno de los musulimes mil caballeros.

Al punto díxole Jalid:

—Pues apareya tus sesenta caballeros, que Dios tenga piedad de vosotros.

Y salieron los sesenta musulimes; y despidiéronse de los musulimes, y partió en la delantera Jalid, y gritó con alta voz, y dixo:

—¡Oh servidores de la cruz! venid á pelear y á ferir.

Y gritó Haula, y dixo:

—¡Oh los de Gasán! pelead y ferid.

Y (a) cometieron (4) los sesenta mil contra los

(1) Ninguno, en el texto.—(2) Barragán.—(3) Chihad.—(4) Folio 100 v.

sesenta caballeros; y encendióse la pelea y el fuego entre ellos.

Salían las chispas (1) de las armas, y no cesaban los musulimes de decir:

—No hay más Dios que Allah; Mahoma es el mensajero de Dios: Dios es muy grande.

Y hubieron congoxa grande, y dixieron las yentes:

—Si los rumíes de Haula vencen, perdidos son los alárabes.

Y al momento se encendió el polvo y la pelea; escabalgó Jalid, y Fadl, y Alabbas, y Almorkal, y cabalgaron en otros caballos, y entraron sobre los descreyentes, y no cesaron de pelear fasta que se puso el sol.

Veos que la hueste de los rumíes (fué) venida, y las voces de los musulimes que subían largo trecho (2) diciendo:

—No hay más Dios que Allah; Mahoma es enviado de Dios (3).

En seguida reconoció Jalid sus caballeros, y no halló sino veinte, y dixo:

—Perdidos son (para) los musulimes cuarenta caballeros, y en ellos Abulfadl Alabbas.

Dixo Abu Obaida:

—Así no hay fuerza ni poder sino en Dios, el alto, el grande (4).

(1) Sortían purnas, en el texto.—(2) Larga treta.—(3) La illah, etc.—(4) La haula, etc.

Dixo Salmi ibnu Alehuan:
 —Vamos (1) al campo de la batalla, y si no los hallamos, ellos son cautivos.

Y fueron al campo, y hallaron muertos cinco mil caballeros rumíes.

Dixo Abu Obaida:

—Quizás hayan seguido los musulimes á alguna división (2) de los rumíes.

Y levantóse Jalid y siguió adelante. Veos que oyeron decir:

—No hay más Dios que Allah; Mahoma es el mensajero de Dios (3).

Y respondió Jalid con lo mismo, y ayuntáronse con Jalid veinte y cinco caballeros. Dixo Jalid:

—¿Cómo os ha acaecido?

Dixiéronle á él:

—¡Oh Jalid! fueron vencidos los rumíes, y captivaron de nosotros cinco caballeros, y teníamos esperanza de cobrarlos, y no hemos podido; y hemos tornado al campo de la batalla, y hemos fallado diez caballeros muertos, y (son) cinco los cautivos.

Dice (el narrador) que Haula (4) tornó á Mehén, y díxole:

—¡Oh rey! siempre fuimos vencedores, fasta que vino la noche, hasta que gritó uno (5)

(1) Fol. 101.—(2) E si por aventura siguen adelante los musulimes d' alguna flota, en el texto.—(3) La illah, etc.—(4) Que.—(5) Un cridante.

que nos venció; ¡por el homenaje de la Cruz! que yo pelearé con la yente de á caballo y de á pied y los esmenuzaré á todos.

Dixo (x) Abu Obaida que los cinco cautivos eran: el uno Rebia ibnu Amix, y Dinar ibnu Alazuar, y Azim ibnu Mayar, y Isaid ibnu Abu Sofían (2).

Dixo (el narrador) que al punto que fueron cautivos tomaron congoxa los musulimes, y el que se congoxaba más era Jalid.

Dixo (el narrador) que los cinco cautivos que los mandó traer Mehén delante dél, y abatiólos, y menospreciólos, y dixo:

—¿Estos son los pilares de los alárabes?

Después mandó llamar á uno de los de su servicio, que se llamaba Yorye, y era sabio de len(g)ua arabí, y díxole á Yorye:

—Vete á la hueste de los alárabes, y dile á ellos que me venga un mensayero, y que sea Jalid.

Dixo el rey Mehén:

—Camina ¡oh Yorye! á la hueste de los musulimes.

Dixo Yorye:

—Yo caminaré ¡oh rey! y por ventura será bien para todos.

Y dió su mensayería, y mandó Abu Obaida

(x) Fol. 101 v.—(2) Así en el texto.

que se fuese Jalid á la hueste de Mehén; y Jalid vistióse, y arreóse con borceguíes del Hichaz y una toca muy hermosa, y partió para Mehén.

Y (x) envió Abu Obaida con Jalid cien caballeros de su compañía, y caminaron fasta que asomaron sobre la hueste de Mehén, y levantaron las voces de:

—No hay más Dios que Allah, Mahoma es el enviado de Dios (2).

Y salió Haula y dixo:

—¿Quién son?

Dixéronle:

—Es Jalid ibnu Ualid, capitán de Abu Obaida, que ha enviado Mehén el Armení por él.

Y dixéronle:

—Estaos aquí fasta que vayamos al rey Mehén.

Y fueron al rey Mehén, y dixéronle:

—¡Oh Mehén! ya viene Jalid á tú, 'y trae cien caballeros con él de su tropa.

Dixo Mehén:

—Entrad á Jalid.

Y vino Haula y dixo:

—¡Oh Jalid! Mehén manda por (3) ti solo.

Dixo Jalid:

—Dile á Mehén (que) no entrará Jalid solo,

(x) Fol. 102.—(2) *Azzihaba*, en el texto.—(3) *Con*.

sino con su compañía; que ya se la dió Abu Obaida por acompañamiento, y que no es permitido dexar la compañía.

Y tornó Haula á Mehén, y díxole esto, y dixo Mehén:

—Di á Jalid que venga como querrá.

Y dieron licencia á Jalid para entrar, y cuando estuvieron cerca de la tienda de Mehén mandáronlos (d)escabalgár y quitar las armas.

Dixo Jalid:

—En ⁽¹⁾ cuanto al (d)escabalgár somos contentos; mas las armas no las dexaremos, qu' ellas son nuestras honras, y no las dexaremos en ninguna manera.

Y dixéronlo al rey Mehén, y dixo:

—Entre, entre como quiera.

Y entró Jalid entre sus compañías, y Mehén (estaba) entre sus porteros, y ministros, y sus patriarcas. Dixo Mehén:

—¡Oh Jalid! ¿habla ó hablaré?

Dixo Jalid:

—Habla, que á cada palabra hay respuesta.

Dixo Mehén:

—¡Oh Jalid! las loores á Dios, aquél que puso (por) nuestro caudillo á Cristo.

Dixo Jalid:

—Las loores son á Allah, aquél que puso á

(1) Fol. 102 v.

Mahoma (por) caudillo de los Profetas (1) todos; y creemos en Allah, y loámoslo loamiento (grande), aquél que puso por (a)monestador á Mahoma, y envió á sus Profetas todos y á Mahoma (por) sello de ellos.

Y al punto fízose amarilla su cara de Mehén, y después dixo:

—Las loores á nuestro Señor, que nos ha dado riquezas; pues sucedió que vinieron contra (2) nosotros otros reyes, y pensábamos (3) que demandábais lo que demandaban ellos, y vemos que matáis los hombres y tomáis sus bienes; mas agora el emperador Heraclio ha yuntado hueste, lo que nunca yuntó hueste como ésta nenguno de los reyes; íos de nuestras tierras, y dexad lo que habéis ganado, y darvos hemos á cada uno de vosotros cien doblas, y al capitán mil doblas, y al califa diez mil doblas.

Dixo Jolid:

—No nos mudaremos fasta que nos dé Allah á enseñorear vuestras tierras, y alcázares. Y los bienes (4), ó declarar una de tres cosas: que digáis la palabra de *no hay más Dios que Allah, Mahoma es enviado de Allah* (5), ó pagar las parias, ó la espada en medio.

Díxole Mehén:

(1) *Annabíes*, en el texto.—(2) *Cuentra*.—(3) Fol. 103.—(4) *Algos*, en el texto.—(5) *La illah*, etc.

—Yo te querría tomar por hermano ¡oh
 Jalid!

Dixo Jalid:

—Di no hay mas Dios ⁽¹⁾ que Allah; Maho-
 ma es mensajero de Dios, y serás mi hermano
 en el Islam.

Díxole Mehén:

—En cuanto á lo que dices de dexar mi re-
 ligión ⁽²⁾, no hay camino para ⁽³⁾ ello.

—Pues tampoco hay camino de ser mi her-
 mano, porque tú sirves ⁽⁴⁾ la Cruz, y yo sirvo
 al Islam, y te llamo á lo bueno, al Señor de
 todo el mundo y Señor de toda cosa; mas la
 tierra es de Dios y que la dé á quien querrá.

Dixo Mehén:

—La muerte es meyor á mí que no decir
 aquesa palabra ni pagar las parias; dices ver-
 dad que la tierra es de Allah, y qu' él la dé á
 quien querrá; mas antes fué nuestra que vues-
 tra, y agora peleamos por ella.

Dixo Jalid:

—¡Por Allah! ese es nuestro deseo; que ya
 vemos vuestras ciudades y vuestras villas
 nuestras, y tu hueste vencida, y tú cautivado
 en poder del califa Omar ibnu Aljatab; y lue-
 go mandará cortarte la cabeza.

Y cuando oyó Mehén el dicho de Jalid en-

(1) *La illah*, etc., en el texto.—(2) *Addin*.—(3) *A*.—(4) Folio
 103 v.

sañóse muy fuerte; y miraban los patriarcas la saña de Mehén, y sus porteros y los de los Heraclios y Césares (1), y pensaron ir contra Jolid, (ex)cepto qu' esperaban mandamiento de Mehén.

Dixo Mehén á Jolid:

—Yo pensaba hablar con ti con gracia, y hásmelo vuelto en saña (2) pues ¡por la autoridad de Jesucristo! que yo haré venir á los cinco caballeros que tengo presos delante de mí, y les mandaré cortar la cabeza.

Dixo Jolid:

—¡Oh Mehén! óyeme lo que te digo, que yuro por Allah, y por el califa Omar ibnu Al-jatab, y por su derecho (3), que si tú les cortas la cabeza, que yo te cortaré á ti la tuya con mi spada, y cada uno de mis compañeros matará de vosotros criaturas (4) muchas.

Y levantóse, y sacó (5) su spada, y sacaron su espada todos los suyos como él, y dixerón todos:

—No hay más Dios que Allah; Mahoma es el mensajero de Allah.

Dixo Ibnu Almeziz:

—¡Por Allah! yo estaba (6) con Jolid en la tienda de Mehén el Armení, cuando desenvainamos (7) las espadas; que ya cuidábamos

(1) *Alhirkalia y alkaizira*, en el texto.—(2) Fol. 104.—(3) *Yuro* en el texto.—(4) *Jalekados*.—(5) *Arrancó*.—(6) *Era*.—(7) *Arrancamos*.

que allí seríamos resucitados (1) el día del juicio.

Pues cuando vió Mehén la determinación de Jalid, díxole Mehén:

—No te apresures, Jalid, que serías perdido; que yo sé que no he dicho eso, sino porque eras mensayero, y el mensayero no conviene que haya sobre él muerte; mas (si) yo lo que he dicho ha sido por probarte, tórnate (2) á tu hueste, y apareyáos á la pelea, y dé Allah l' ayuda á quien querrá.

Cuando oyó Jalid su dicho, tornó la espada á la vaina, y dixo:

—¡Oh Mehén! ¿qué harás á los cinco caballeros mis compañeros?

Dixo Mehén: *P. C. Monumental de la Alhambra y General*

—Que yo te los doy sueltos y libres, para que te ayudes con ellos á pelear.

Y alegróse Jalid con aquello, y mandó Mehén soltar á los cinco cautivos. Dixo Mehén:

—Yo amaba entre mí y tú y tus yentes la paz; mas ahora demándote un menester y una gracia que me hagas de mí á tú.

Dixo Jalid:

—¿Y qué es el menester? ¡oh Mehén!

—Esa toca de tu cabeza, que yo me alegraré con ella, ¡oh Jalid! si me haces gracia della;

(1) *Rebibcados*, en el texto.—(2) Fol. 104 v.

y mira tú en mi hueste si hay cosa que te placera, yo te la daré á tú.

—¡Por Allah! mucho me ha placido, que me has mandado lo que enseñoreo; cáatala aquí en gracia ¡oh Mehén!

Dixo Mehén:

—Ya te has honrado ¡oh Jalid!

—Ya te has honrado tú en soltar los cinco caballeros del séquito de Mahoma (1).

Después salió Jalid con sus compañeros (2) de la tienda (3) de Mehén, y Mehén mandólos acompañar.

Dixo el recontador (de la leyenda) que cuando Jalid y sus compañeros (llegaron á donde estaba) Abu Obaida, saludáronse (4) los unos á los otros, y alegráronse los musulimes con el escapamiento de los compañeros del Profeta.

Después recontóle Jalid á Abu Obaida todo lo que les había acaecido con el Armení en (5) la habla.

Dixo Jalid:

—¡Por el homenaje del púlpito! (6) que entiendo que no los habría sóltado á nuestros compañeros, sino porque hubo miedo (de) nuestras espadas.

Dixo el recontador de las conquistas que

(1) De l' *asihaba*, en el texto.—(2) *Compañías*.—(3) Fol. 105.—
(4) *Daron l' asselam*, en el texto.—(5) *De*.—(6) *Alminbar*.

cuando Jolid hubo peleado con sesenta caballeros contra (1) sesenta mil de los de Mehén y de Haulán, escribió una carta Abu Obaida á Omar, y dixo así:

En el nombre de Dios clemente y misericordioso. Al califa Omar ibnu Aljatab, rey de los creyentes, de tu capitán en Siria Abu Obaida Amiru ibnu Elyarah: La salud (sea) sobre tú, y la misericordia de Dios, y su bendición (2).

Entrando en materia (3): loo á Dios loamiento (grande), aquél que no hay otro Señor sino él, y fago salutación sobre su profeta Mahoma:

Sepas oh rey de los creyentes! cómo el perro del rey de los rumies ha enviado sobre nosotros todos los que sirven á su Cruz; que él ha ayuntado con todos ayuntamientos ochocientos mil, menos de sesenta mil de los árabes de Haula, que son los de Mostasir, y de Gasán, y de Chodam, y de Lajm.

Y salió este Haula ibnu Elham Algasaní con sesenta mil al campo á pelear, y salieron á estos sesenta mil sesenta caballeros de los del séquito de Mahoma, y venció Allah la batalla de los sesenta mil, y fueron muertos de los nuestros diez, y cautivados cinco, y eran los

(1) A, en el texto.—(2) Fol. 105 v.—(3) En cuanto después, en el texto.

cautivos: Kais ibnu Omaira, y Rafia ibnu Amir, y Dirat ibnu Alezuer, y Amir ibnu Omair, y Sofián, y hemos de pelear, si Dios quiere; no seas tú descuidado ⁽¹⁾ con los musulmes, y Allah ayuda al Islam, y la salud sobre ti ⁽²⁾ de Dios, y su bendición ⁽³⁾, y sobre los musulmes, y la misericordia de Dios y su bendición ⁽⁴⁾.

Y doblegó la carta, y dióla á Abdallah abén Corti; y caminó con la carta, y llegó á la Almedina, y dixo Abdallah abén Corti:

—Y entré por la Puerta de la mezquita, y llegué á la mezquita prencipal, y hice dos prosternaciones de oración sobre la tumba ⁽⁵⁾ del Profeta, y saludé á ⁽⁶⁾ (la de) Abubequer Azzidik, y di la carta á Omar ibnu Aljatáb, después que hubo saludado á una tropa de musulmes; y después, cuando liyó la carta, mudósele su color y (dixo):

—De Dios venimos, y á él volveremos ⁽⁷⁾.

Y dixo Osmán ibnu Afán, y Alí ibnu abi Talib, y Abderrahman ibnu Abbas ibnu Almotolib, y otros muchos de los del séquito del Profeta:

—¡Oh Omar! danos la carta públicamente:

(1) Noncurueño, en el texto.—(2) Fol. 106.—(3) Albaraca, en el texto.—(4) Uassellam.—(5) Dos arracaas de arzaia sobre la raída del annehí.—(6) Di l' assellam sobre.—(7) Bine (sic) lillañj uailaihi ráchiuna.

Y levantóse sobre sus pies, y liyó la carta á las yentes.

Pues cuando oyeron la carta levantóse en ellos grande ruido, y murmulicio, y lloro grande; y el que más lloraba era Abderrahman ibnu Anafi, y dixo (1):

—¡Oh Emir de los creyentes! (2) envíanos á ellos, que ¡por Allah! no enseñoreo mi persona y mis bienes (3), y no escasearé de ayudar á los musulmes.

Y dixo Alí ibnu abi Talib:

—Sabed que ya esta batalla, que ya la nombró Allah al Profeta, aquélla que sería nombrada por siempre yamás, y disipadora de los servidores de la Cruz.

Después díxole Alí:

—¡Oh Omar! escribe á tu capitán Abu Obaida, y dile que el socorro y l' ayuda, que es la de Allah, y es más que la nuestra.

Y escribió:

En el nombre de Dios clemente y misericordioso (4). De Omar ibnu Aljatab á Abu Obaida, y á aquéllos que están conti(go) de los musulmes, la salud (sea) sobre tú, y la misericordia de Dios, y su bendición (5).

Entrando en materia (6): yo he leído tu carta y he pensado en vosotros, y l' ayuda de Dios

(1) Fol. 106.v.—(2) Ya Emir Almumentín, en el texto.—(3) Algo.
—(4) Bismillahi, etc.—(5) A cuanto.—(6) Esselam.

es más que la nuestra: pelead con nuestros enemigos, peleamiento de honrados, que en (tre) vosotros hay caballeros y yentes que pelearon delante del Profeta (1), y nunca faltaron contra (2) sus preceptos en lugares muchos, fasta que guerrearon por Dios verdadera guerra santa (3); leirás mi carta aquesta á (4) los musulmes. Y la salud sobre tú, y la misericordia de Allah, y su bendición (5).

Dixo Abén Corti:

—Y tomé la respuesta, y cabalgué en mi camella, y no paré de caminar fasta que asomé sobre la hueste de los musulmes; y alegráronse sus corazones, y todos dixendo:

—A Allah demandamos ayuda, y deseamos morir en el camino de Dios (6), y Allah nos lo dé en ventura.

Dixo Aluaquidi: al punto que tornó Audallá abén Corti de la ciudad, oimos grandes voces; veos con nosotros seis mil de á caballo del Yemen; y venía (de) capitán Chebir ibnu Jualdad, y en la tarde llegaron mil caballeros de Meca, y traía la seña Said ibnu Amir, y díxole Omar:

—¡Oh Said! yo te fago capitán sobre estas huestes, y teme á Allah, y há piedad dellos (de los expedicionarios), y no menosprecies al

(1) *Annebí*, en el texto.—(2) Fol. 107.—(3) *Alchihad*, en el texto.—(4) *Sobre*.—(5) *Uassellam*, etc.—(6) *Fi 'ssabili 'llahi*.

chico, y no sigas tu voluntad; y Allah sea mi califa sobre tú y tus yentes.

Y caminó Said ibnu Amir por poblados y desiertos (1), y dixo (el narrador):

Y entramos en un valle de muchos árboles, y dixo Said:

—Diónos (Allah) á nosotros un sueño, que demostraba ganancia; y nosotros siempre leíamos el Alcorán; y había en aquel valle una fuente de agua dulce; y allegamos á la fuente, y oimos una voz que decía:

—¡Oh compañeros! guiad y aderezad; no hayades miedo del espanto d' este rey, que no tiene genio (2) ni enemigo malo para vosotros, y ya (3) sabréis ¡oh compañeros! cómo habrá piedad de vosotros y de vuestros fiyos.

Dice el narrador que al instante que se prosternó ante (4) Allah en agradecimiento.

Después caminamos, y llegamos al valle de Amán, y vemos una alquería, que salían de ella las yentes fuyendo con sus criaturas; y acometieron los musulimes sobre ellos, sin mandamiento nenguno, ni sin ningún consejo, sino por nuestras voluntades; y tomamos muchos dellos, y tornáronse los demás á una fortaleza muy fuerte, y demandáronnos seguro, y (a)se-

(1) Fol. 107 v.—(2) *Alchinne*, en el texto.—(3) *Aún*.—(4) *Se echó á*.

gurámosles, y demandámosles nuevas, y di-xiéronnos:

—Sabed que Naquita (1), príncipe de Amán, está cerca de nosotros; y si le encontráreis y le venciéreis, será ganancia grande para vosotros.

Díxo(les) Said ibnu Amir:

—Vamos á lo que nos envió Omar, príncipe de los creyentes, rey de los musulimes: á ayudar á los musulimes, qu' es lo meyor.

Y tomaron conceyo, y caminaron (por) un valle abaxo; y veimos la delantera de la hueste de Amán; y cuando asomaron sobre nosotros, escometimos contra ellos; veos que oimos decir:

—No hay Dios sino Allah, y Allah es grande (2).

Y peleamos nosotros y los que decían «no hay más Dios que Allah, y Allah es muy grande (3);» y matamos á los de Omán, fasta el último (4), y fué vencido el patriarca de Omán.

Y cuando asomaron los (otros) musulimes, veimos en la delantera dos caballeros como leones; y el uno era Abulfadl Alabbas, y el otro era Zobair ibnu Alauam, y aquél decía:

—Yo soy Abulfadl Alabbas, primo del Profeta.

(1) Fol. 108.—(2) *La illah*, etc., en el texto.—(3) *La illah*, etc.—(4) *Más xaguero*.

Y peleamos contra los rumíes, y matamos cuatro mil cabezas, y cautivamos cuatro mil cabezas, y fueron destruídas (1) ocho (2) mil cabezas.

Y éstos fué que se salieron de la hueste de los creyentes, y fueron quebrantados (3) los descreyentes, quebranto grande; y después fuimos todos á la hueste de Abu Obaida, y cuando nos vió Abu Obaida adoró (4) á Dios, agradeciéndole (5) esto y (6) toda cosa, y saludó (7) á Said, y á Abulfadles, y á Zobair, y á los del séquito de Mahoma.

Y alegráronse los musulimes mucho con su venida dellos, y con su vencimiento, y con (la derrota de) sus enemigos.

Tornando á la historia de cuando hablaba Jalid ben Ualid con Abu Obaida del maldito de Mehén, díxole:

—¿Qué te parece, Jalid, de Mehén?

Díxole Jalid:

—¡Oh Abu Obaida! sepas que Mehén es un hombre muy cuerdo, sino que lo enseñorea Satanás (8) á su presona.

Dixo Abu Obaida:

—¡Oh Jalid! ¿en qué quedaste (9) con él?

(1) Estruídos, en el texto.—(2) Fol. 108 v.—(3) Crebantados, en el texto.—(4) Asachadó.—(5) En.—(6) En.—(7) Dió asselam.—(8) Axaitán.—(9) Quedés.

—En pelear, y que dé Allah el ayuda⁽¹⁾ á quien querrá.

Y cuando oyó Abu Obaida el dicho de Jolid, levantóse y hizo un sermón⁽²⁾ cumplido, y loó á Allah sobre el venimiento del Profeta, y fí-zoles⁽³⁾ saber (á los musulimes) que los enemigos de Allah querían pelear en la mañana, y mandóles aderezar sus armas, y díxoles:

—Salid á pelear con vuestros enemigos, y apoyaos en Allah; y defendeos con él, que él es vuestro Señor, defendedor y buen ayudador.

Y veos los musulimes que apareyaban sus armas y se aconsejaban⁽⁴⁾ unos á otros para⁽⁵⁾ la pelea.

Y volvióse Jolid á⁽⁶⁾ la hueste de Azzahfí, y díxoles:

—Sabed que estos⁽⁷⁾ incrédulos son desanimados, y vos ayudará Allah sobre ellos; que yo he entrado en su hueste, y son como las formigas, y yente armada sin corazones, y no tienen ellos sobre vosotros fuerza, y vosotros sois yente de esfuerzo y de valor: ¿qué decís? apiádeos Dios⁽⁸⁾.

Y dixeron todos:

—Deseamos pelear⁽⁹⁾ y morir en la guerra santa⁽¹⁰⁾, que esto es nuestro deber, fasta que

(1) Fol. 109.—(2) *Fizo aljotba*, en el texto.—(3) *A' saber con*.—(4) *Castigaban*.—(5) *En*.—(6) *En*.—(7) *Cafres*.—(8) *Rahimacum*.—(9) Fol. 109 v.—(10) *En fi sabili illahi*, en el texto.

Allah yuzgue entre nosotros y ellos, que él es (el) meyor de los yuzgantes.

Y alegróse Jalid con esto (1), y trasnocharon todos (2), pidiendo á Allah ayuda para pelear.

Y cuando amaneció Allah, con lo bueno de su amanecimiento, pregonaron los almuédanos y levantáronse las yentes con las voces de la unidad (de Dios), y hicieron sus abluciones (3), y fizo oración (4) Abu Obaida (5) con sus musulimes; y cuando hubieron acabado su oración, arrearon sus caballos, y salieron al campo á pelear con sus enemigos.

Y dixo Jalid á Abu Obaida:

—¡Oh fiel del pueblo (musulmán)! pon á la mano derecha á Maab ibnu Chabal.

Y mandóle esto (6), y tomó su seña, y púsose (él) en su lugar.

Dixo Jalid:

—¡Oh capitán! ¿y á quién pornás á la mano izquierda?

Díxole:

—A Canán ibnu Axim Alcananf.

Y caminó con su seña á donde le mandó Abu Obaida, y paróse de cara de los descreyentes.

Dixo (7) Aluaquidi: ya nos recontó Sofián ibnu Mohín, y era éste un mancebo de valen-

(1) Aquello, en el texto.—(2) Con demandar ad Allah.—(3) Aluaquidi.—(4) Azala.—(5) Alomma.—(6) Con aquello.—(7) Fol. 110. a.

tía (1), que en algunas batallas salía y se alababa (2) de su presona, y peleaba muy fuerte; y si se veía en apretura (d)escabalgaba, y íbase fuyendo, que no parecía dél sino el polvo.

Y después dixo Abu Obaida á Jalid:

—Yo te fago reyidor de la yente de á pied y de á caballo.

Dixo Jalid:

—A mí me place, y yo porné un capitán con ellos.

Y demandó por Otba ibnu Abi Uafas, y dixo:

—Ya te ha fecho capitán á ti Abu Obaida sobre la yente de á pied, ¡oh Haxim!

Dixo:

—A mí me place.

Dixo (el narrador) que ordenaron sus haces los musulimes, y después dixo Jalid:

—¡Oh fiel de los creyentes! envía ahora á cada abanderado (3) un mandato, que oi(ga) á mí, y me obedezca mi mandado.

Dixo Abu Obaida:

—A mí me place.

Y dixo á Adahak ibnu Kais:

—Vete á los capitanes de las (en)señas, y diles que les mando que oigan á Jalid, y le obedezcan su dicho.

(1) *Barragancia*, en el texto.—(2) *Uababa con*.—(3) *Señalero*.

Y fué Adajak, y requiriólos á todos los capitanes de las señas (1), y díxoles:

—Por (2) mandado de Abu Obaida, que obedescáis á Jalid.

Y después rodeó Jalid entre las haces, y parábase con los de las (en)señas, y después decía:

—¡Oh los del Islam! la sufrenca es buena suerte (3), y la cobardía es falta: sabed que el paraíso (4) es prometido á los sufrientes, y serán honrados en gradas altas y aventayados; y los que fuirán son de la mala ventura: seguid la guerra santa; apiádese Dios de vosotros.

Y no cesó de exhortar á todos los de las enseñas; después ayuntáronse con Jalid una yente de á caballo, campeones (5), y partiólos (en) cuatro partes: y era capitán dellos, del un cuarto, Kais ibnu Homaira, y díxole:

—Tú eres el alférez (6) árabe.

Y puso en el cuarto segundo á Maizara ibnu Mashok Alabbas, y puso en el cuarto tercero á Amir ibnu Atafir: y paróse Jalid con su hueste de los de Sahfi; y no había salido el sol cuando (7) ya habían ordenado sus huestes y divisiones (8).

(1) Fol. 110 v.—(2) *Que por*, en el texto.—(3) *De la buena ventura*.—(4) *Channa*.—(5) *Barraganes*.—(6) *Faris*.—(7) *No era fuera el sol que*.—(8) *Batallas*.

Capítulo (que trata) de la gran batalla del Valle de Yermuk.

Dixo ⁽¹⁾ Aluakidi: cuando Mehén el Armenio mandó á los suyos que apareyasen para pelear, (ex)cepto que fué (más) presto ordenada hueste de los musulmes: y comenzaron de acercarse los rumies á la hueste de los musulmes, y comenzaron á facer sus haces y sus escuadrones, y miraron los musulmes á ellos, (que eran tantos) como la langosta, y sus filas ⁽²⁾ yuntas, y sus lanzas enderezadas.

Y al punto que los vieron los musulmes, tomaron congoxa: (iban) los alárabes de Elmostazir, y los de Gasán, y los de Lajm, y los de Chodam, todos en la delantera, y sus cruces de plata (enarboladas), y una cruz que pesaba veinte libras maciza ⁽³⁾ de oro, cuadrada, y una perla en medio, como una estrella relumbrante.

Y veos que eran ordenadas las haces de Mehén, y eran en cada haz tre(i)nta mil; y miraban los musulmes en la hueste de Mehén señas y pendones, que no los podían contar. Y de que fueron ordenadas las haces ⁽⁴⁾, salió al campo un cristiano ⁽⁵⁾, y era un patriarca

(1) Fol. III.—(2) *Azrefas*, en el texto.—(3) *Perpetuada*.—(4) Folio III v.—(5) *Ilchi*, muy repetido, en el texto.

romano, de grande fuerza; y sobre él (llevaba) una armadura muy hermosa, y en su pescuezo una cruz de oro y de aljófar (1), y traía un caballo rucio, y era el patriarca de los grandes parientes del emperador Heraclio.

Y cuando salió hablaba romano su lenguaye, y hacía señas (2) á los musulimes que saliesen al campo, y paráronse los musulimes, y dixo Abu Obaida:

—¡Oh compañeros del Profeta! (3) este cristiano (4) os llama á pelear, y vosotros refusáis (salir) á él; y si no salís á él, saldrá (5) Jalid.

Veos un caballero que salió de entre los musulimes, encima de un caballo amarillo, y él con una armadura muy hermosa, y él que iba hacia el patriarca, y no había en los musulimes quien lo conociese; y dixo Jalid á su cautivo Hamam:

—Ves y mira quién es ese caballero de los musulimes.

Y fué Hamam, y quísose acercar á él, y díxole:

—¿Quién eres tú? ¡oh caballero!

Díxole:

—Soy Raumas, el señor de Bozra.

Y cuando llegó al cristiano hablóle en su (6) lengua, y díxole al patriarca, que le conoció:

(1) Alchohar, en el texto.—(2) Señaba.—(3) Ya axihaba del annebi.—(4) Ilchi.—(5) Con.—(6) Fol. 112.

—¡Oh Raumas! ¿cómo dexas la religión (1) nuestra y te has tornado d' esta yente?

Dixo Raumas:

—Porque lo que he encontrado es religión de valor, y quien la seguirá es bienaventurado, y quien se le opondrá (2) es perdido, y errado, y desgraciado (3).

Y al punto (a) cometieron el uno contra el otro, y pelearon una hora; y mirábanlos las huestes á ellos, y conoció el cristiano que (a) floxaba Raumas, y levantóse contra Raumas con un golpe (4) muy fuerte.

Veos que fué ferido Raumas, y corrióle la sangre muy recio, y volvió huyendo hacia los musulimes; y agradeciéronle los musulimes su fecho, y prometiéronle premio (5) y perdón grande.

Dixo el recontador que el patriarca, al punto que vió vencido á Raumas, maravillóse con su preona, y habló con palabras de grandía, y demandando campo, y quiso salir á él Mashak Alabbas, y dixo Jald:

—Estate quedo en tu lugar, que es meyor á tú y más amado á mí que no salgas (6) á este patriarca (7), que tú eres vieyo y este cristiano (8) es muy valiente y caballero.

Y estuvo quedo Maisar.

(1) *Addín*, en el texto.—(2) *Lo contrastará*.—(3) *Laxrado*.—(4) *Ferida*.—(5) *Ualardón*.—(6) *Salir*.—(7) Fol. 112 v.—(8) *Ilchi*, en el texto.

Y quísole salir Amir ibnu Atafir, y díxole
 Jalid:

—No salgas, que tú eres muy joven.

Y dixo Amir á Jalid:

—Ya has quebrantado los corazones de los
 musulmes ¡oh Jalid! con este enemigo de Allah.

Y dixo Jalid:

—Yo veo su fortaleza deste patriarca.

Y miró Jalid á Alharits Alazadi, y dixo Alha-
 rits:

—¡Oh capitán! ¿quieres que le salga yo?

—Sal, que mucho me ha placido tu dicho:
 sal en el nombre de Allah.

Y apresuróse (x) á salir, y díxole Jalid:

—¡Oh Alharits! ¿has peleado tú mano á ma-
 no con alguno? (2).

—No ¡oh Jalid!

—Pues estate quedo y no salgas, que no quie-
 ro que le salga sino caballero semejante á él (3).

Y al punto miró Jalid hacia Kais ibnu Ho-
 maira Almoratí, y dixo Kais:

—¡Oh capitán! ¿quieres que le salga yo?

—Sí ¡oh Kais! sal en el nombre de Allah.

Y salió Kais, y cuando lo vió el cristiano
 dixo (4):

—Este es el caballero de los alárabes de los
 musulmes.

(1) *Apresúrese*, en el texto.—(2) *Ninguno*.—(3) *Semblante del*.—(4)

Y al punto enderezó la lanza y el caballo hacia el enemigo de Allah, y dixo:

—En el nombre de Dios, y en Dios, y por Dios: la salvación sea con el profeta de Dios ⁽¹⁾.

Y campearon largamente, y fué Kais á ferirle por encima (de) la cabeza, y dióle en el adarga, y cortóla por medio, y llegó la espada al casco ⁽²⁾; y fincósele la spada en el casco, y no pudo (a)rrancarla Kais, y quedósele aferrada en el casco del cristiano, y quedó Kais sin spada; y firióle el cristiano en el pescuezo, y fué ferido en el armadura; y entrósele el cristiano á Kais, como lo vió sin espada, para cautivarlo, y Kais era muy forzado de brazos, aunque ayunaba mucho, y el enemigo de Allah le llevaba de fuerza; y procuró ⁽³⁾ de escapársele de delante, y volvió las riendas hacia los musulimes para tomar otra spada; y el enemigo de Allah le miraba con lozanía y engrandecimiento, y Kais ⁽⁴⁾ iba hacia los musulimes.

Y gritó ⁽⁵⁾ el enemigo, y gritó detrás ⁽⁶⁾ dél, y dixo Kais en sí mismo:

—Si es que no puedo escapar de la muerte, no aprovecha el retraer(me).

Y tornó contra el cristiano con un puñal que tenía, y dixo Jolid:

(1) *Bismillahí*, etc., en el texto.—(2) *Bacineta*, muy repetido.—(3) *Percuró*.—(4) *Que*.—(5) *Cridó*.—(6) Fol. 113 v.

—Yo te demando ¡por Allah! que te tornes, que yo te veo fatigado y congoxado.

Y no quiso Kais; antes tornó contra (1) el cristiano, y desenvainó su puñal, y dixo:

—No quiero fuir el paraíso; antes quiero ser bienaventurado en (2) el paraíso, y con el perdón de Dios mi Señor.

Y tomó su puñal en la mano derecha y entró contra el cristiano, sin espada.

Y al punto dixo Jolid:

—¿Quién llevará esta espada á Kais, y será su galardón en el paraíso?

Dixo Abderrahman ibnu Abubequer Azzidik, complázcase Dios con él (3):

—Yo la llevaré ¡oh Abu Soleimán!

Y salió Abderrahman con la espada desenvainada (4) á darla á Kais; y pensaron los rumies que salía á ayudar á Kais, y salió de ellos un patriarca y habló con el primero palabras (5) que no las entendíamos.

Y dixo Abderrahman:

—¿Qué dices ¡oh infiel! que no te entiendo?

Salió un intérprete (6) entre ellos:

—Que dicen qu' están maravillados que salgáis (7) dos caballeros á uno, siendo vosotros yente de prez y valor.

Dixo Abderrahman:

(1) Sobre, en el texto.—(2) En.—(3) Radiya, etc.—(4) Rancada.—(5) Fol. 114.—(6) Turchamán, en el texto.—(7) Salyáis.

—¡Por Allah! no he salido sino por darle esta spada; mas aunque saliédes dos, ni diez á uno de nosotros, no nos espantaríamos; mas vosotros sois tres y yo uno: pelearé con todos tres.

Y dixo el intérprete (1) á los otros lo que había dicho, y espantáronse, y dixo Abderrahman:

—¡Oh Kais! tú estás cansado; fuelga, y mirarás qué será de mí.

Después acometió Abderrahman contra el patriarca, y firiólo por la coraza (2), y cayó en tierra muerto; y quando vieron los dos compañeros al patriarca (muerto), arremetieron ambos contra Abderrahman, y ayudábale Kais.

Díxole Abderrahman:

—¡Oh Kais! yo te ruego y (3) te (con)yuro por (4) Allah y su mensayero que me dexes pelear á mí solo, y serás en el galardón mi compañero, y saludarás en mi nombre á Abs (5).

Y se echó atrás (6) Kais, y maravillábanse de su fecho, y levantábanse el uno contra el otro, y dióle (Abderrahman) con la lanza, y aferrósele el fierro de la lanza en el armadura; y desenvainó la espada, y firióle una ferida que le partió (en) dos partes.

Y miró su compañero el tercero lo que ha-

(1) *Faraule*, en el texto.—(2) *Acuradero*.—(3) Fol. 114 v.—(4) *Con*, en el texto.—(5) *Y llegarás á Abs de mí el asselam*.—(6) *Arzagutóse*.

bía fecho á su compañero, y estaba turbado; y miró Kais cómo se había turbado, y díxole Kais:

—¿Por qué estás turbado? ¡oh compañero!

Y arremetió contra el patriarca, y dióle una ferida por la cabeza que le echó en tierra muerto; y cuando vieron los rumíes (esto), dixeron:

—No son estos alárabes sino diablos (1).

Al punto dixo Mehén al Armenio:

—El emperador Heraclio era más cuerdo en esto que ninguno.

Dixo uno de ellos:

—¡Por el homenaje (2) de Yesucristo! si no (3) peleamos todos yuntos con ellos, que no levantaremos cabeza jamás.

Después dixo un patriarca á la oreja de Mehén:

—Yo he visto en sueño como que descendían del cielo yentes armadas en favor de los muslimes, y que no salía hombre de nosotros que no lo mataban.

Y no dixo más el Patriarca, y turbóse Mehén, y demandaron por lo que (le) había dicho los grandes, y no quiso decir nada, y porfiáronle.

Y al punto dixo, como que predicaba:

(1) *Axaitanes*, en el texto.—(2) *Dereitaye*.—(3) Fol. 115.